



FUGAS DE TINTA 16

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 16

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL



“LIBERTAD BAJO PALABRA»
UN PROGRAMA DE RELATA



FUGAS DE TINTA 16

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2023

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA
Y TERTULIAS LITERARIAS



FUGAS DE TINTA 16

CUENTOS, RELATOS Y POEMAS ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RED DE ESCRITURA CREATIVA Y TERTULIAS LITERARIAS RELATA 2023

MINISTRA (E) DE LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES

YANNAI KADAMANI FONRODONA

VICEMINISTRA DE LAS ARTES Y LA
ECONOMÍA CULTURAL Y CREATIVA

YANNAI KADAMANI FONRODONA

VICEMINISTRA DE LOS PATRIMONIOS, LAS
MEMORIAS Y LA GOBERNANZA CULTURAL

SAIA VERGARA JAIME

SECRETARIA GENERAL

LUISA FERNANDA TRUJILLO BERNAL

DIRECTORA BIBLIOTECA

NACIONAL DE COLOMBIA

ADRIANA MARTÍNEZ-VILLALBA GARCÍA

COORDINADORA DEL GRUPO DEL LIBRO,

LA LECTURA Y LA LITERATURA

LINA CASTAÑO CÁRDENAS

GRUPO DEL LIBRO, LA LECTURA

Y LA LITERATURA

ANA MARÍA REYES HERNÁNDEZ

ANDRÉS GIRALDO PAVA

CATALINA NAVAS

DANIEL GARCÍA LEÓN

FERNÁN GALEANO GALLEGO

JAIME ACUÑA LEZAMA

JUAN DAVID LASERNA BOTERO

LUZ HELENA RODRÍGUEZ ARIZA

LUZ MARY CÁRDENAS ARIAS

LUZ YAZMIN ARIZA

ASESOR DE LIBERTAD BAJO PALABRA
CRISTIAN VALENCIA HURTADO

CORRECCIÓN DE ESTILO Y EDICIÓN
JANETH POSADA FRANCO

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
PAULA A. Gutiérrez

© Ministerio de LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES,
REPÚBLICA DE COLOMBIA

© Red de TALLERES DE ESCRITURA CREATIVA
Y DE TERTULIAS LITERARIAS - RELATA

© Derechos reservados para los autores

MINISTRA DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
ÁNGELA MARÍA BUITRAGO RUÍZ

DIRECTOR GENERAL (E) DEL INPEC

TENIENTE CORONEL

DANIEL FERNANDO GUTIÉRREZ ROJAS

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y

TRATAMIENTO (E) DEL INPEC

OFICIAL DE TRATAMIENTO

RAQUEL LUCÍA CÁRDENAS GRANADOS

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN DEL INPEC

Rocío NATALY RINCÓN TOBAR

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA DEL PROGRAMA
LIBERTAD BAJO PALABRA DEL AÑO 2023

PRIMERA EDICIÓN: MARZO DE 2025

ISBN 978-958-753-649-2

ÍNDICE



PRÓLOGO	II
Daniel García León	
ACACÍAS, META	13
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE ACACÍAS - COLONIA AGRÍCOLA	
QUÉ TRISTE NAVIDAD	15
William Peñaloza Espitia	
LA ENVIDIA LE TRAJÓ LA MUERTE	17
Luis Alejandro Duarte	
EL CEMENTERIO DE LOS VIVOS	18
Omar Stiven Castañeda Díaz	
HISTORIA DE VIDA	20
Jorge Enrique Guerrero	
DEPENDEN LA COGIDA, DEPENDEN LA HUELIDA	22
Jhonatan Hernández Sánchez	
¿QUIÉN CUIDÓ LA PUERTA?	24
Andrés Rivas	
LIBERTAD	25
Alejandro Pérez	

ACACÍAS, META	27
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA	
DE MEDIA SEGURIDAD DE ACACÍAS	
EL GRAN ENCUENTRO CON MI VIEJO AMIGO	29
Olmes Javier Vallejo Lozano	
ESTE SOY YO	32
Andrés Felipe	
PROMESA	36
Andrés Felipe	
MI SEGUNDA VIDA	38
Luis Advincola	
UN GRAVE ERROR	44
Alex (seudónimo)	
¿PARA QUÉ CELEBRAR?	49
Orfeo de Lira (seudónimo)	
BARRANQUILLA, ATLÁNTICO	51
CÁRCEL DE MEDIA SEGURIDAD DE	
BARRANQUILLA - EL BOSQUE	
BIOGRAFÍA	52
Mauricio Aparicio Román	
TRISTE ENCIERRO	53
Álvaro Arrieta	
MI VIDA ACOMPAÑADA DE LA TRISTEZA	54
Manuel Jesús Payares Artunduaga	
FAMILIA	57
John Freddy Alfonso Díaz	
LIBERTAD	58
Ruddy Zambrano	

BELLO, ANTIOQUIA	59
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE BELLO - BELLAVISTA	
MAMÁ, ¿DÓNDE ESTÁN MIS JUGUETES? William Mauricio Goetz Franco	61
CARTA DE NAVIDAD Gastón Ricardo Toro Rúa	62
¿FELIZ NAVIDAD? Leandro Alberto Jaramillo Silva	64
NACER PARA MORIR Luis Carlos López Muñoz	65
NACIMIENTO EN DESESPERO Johnatan Alexander Marín Duque	66
BOGOTÁ, CUNDINAMARCA	69
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA CON ALTA Y MEDIA SEGURIDAD PARA MUJERES DE BOGOTÁ	
PRIMER AMOR Milena Ortiz González	71
MI HISTORIA Yuri Carolina Grosso	73
MALTRATOS Yeimi Torres Abril	75
LOS CAMINOS DE DIOS Sindi Durán Garzón	77
AMOR DE UN HOMBRE MAYOR Sindi Durán Garzón	79

BOGOTÁ, CUNDINAMARCA	81
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE BOGOTÁ - LA MODELO	
FESTINES DE ALGARABÍA Fredy Camargo	83
LAS VENTANAS William Cristancho (Fragmento de una crónica más amplia)	84
LECCIONES AL ATARDECER: SABIDURÍA ENTRE LAS OLAS Edinson Angrino	90
PRESO EN MÍ MISMO Jeison Asdrúbal Virgüez	94
SERIE POÉTICA Juan Roberto Vásquez Vargas	96
BUCARAMANGA, SANTANDER	99
CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD DE BUCARAMANGA	
DE MI CORAZÓN AL TUYO FALTA POCO PARA VOLVER A CASA Maribel Aguilar Jaramillo	101
CARTA A MIS HIJOS Patricia Pérez	103
LÁGRIMAS DE CRISTAL Diana Marcela Peña Rojas	104
SOLA Y TRISTE EN ESTA NAVIDAD, ESPERANDO MI LIBERTAD Yessenia Sierra	105
UNA MIRADA AL PASADO Ligia Sánchez Maldonado	106

JAMUNDÍ, VALLE DEL CAUCA	109
COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO CON ALTA Y MEDIA SEGURIDAD DE JAMUNDÍ	
CRÓNICAS DE UN REO LIBRE	111
Héctor Alonso Ramos Restrepo	
PPL	
(PERSONA PRIVADA DE LA LIBERTAD)	114
Héctor Alonso Ramos Restrepo	
AMOR DE LUNA	116
Blanca Duque Peña	
¿CÓMO PASÓ?	122
Jorge Eliécer Meléndez	
UN DÍA MENOS	127
Miriam Ercilia Zamora	
AMOR DE CURA	129
Miriam Ercilia Zamora	
4 MUROS	130
Omar Vidal	

PRÓLOGO



Libertad Bajo Palabra, en sus más de 15 años de trabajo, ha sido un escenario en el que las personas privadas de la libertad hallan un asidero para reflexionar, para iluminar sus pensamientos, para visitar su vida y, sobre todo, para reescribir su historia, para transformarse a través de la lectura y de las palabras.

Encontrar las maneras de contar nuestras historias no es un trabajo fácil. Somos seres complejos, con deseos y frustraciones, con certezas y miedos, con gustos y asco, con sorpresas y tedio o con alegrías y tristezas. Por ello las palabras que escribimos son tan valiosas: nacen de un ejercicio constante que busca acercar a los lectores a eso que somos, a eso que vivimos.

Esta antología es el resultado de un proceso de formación en creación literaria en donde se mantiene un pulso entre el papel en blanco y el lápiz que lo embiste, entre un cuerpo privado de la libertad y la mente que se pierde en un horizonte abierto. Este libro es una auténtica fuga de la soledad de las prisiones; son los relatos, las palabras que, hechas tinta, restablecen nuestra humanidad.



DANIEL GARCÍA LEÓN

Red de Talleres de Escritura Creativa y Tertulias Literarias —Relata

ACACÍAS, META



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE ACACÍAS - COLONIA AGRÍCOLA

Director del taller
Juan David Gutiérrez Ramírez

QUÉ TRISTE NAVIDAD

William Peñaloza Espitia



Un día un muchacho que estaba sin dinero y un poco afanado por conseguir comida para su familia salió de la casa a las cuatro de la tarde, cuando de repente se encontró un amigo que lo invitó a hacer cosas que no debía; él, por afán de conseguir dinero, aceptó ir con el amigo. Sin darse cuenta, cuando estaban cogiendo algo ajeno, le estaban quitando a la gente las cosas que con mucho esfuerzo y trabajo había logrado conseguir.

Pero aquel muchacho no pensó eso en el momento; su madre, que sabía los pasos en los que su hijo andaba, le daba muchos consejos para que no fuera a pasar algo muy malo y nunca fuera a parar a una cárcel o a un hospital, pero aquel muchacho no hizo caso a los consejos de su madre, aun sabiendo que lo que la madre le decía era verdad.

Un 17 de diciembre de 2021, cuando el muchacho salió con su amigo, en el afán de robar algo se subió a una buseta de la ciudad de Bogotá. Cuando el amigo le dio la señal al chico, este timbró para bajarse y el amigo cogió a un pasajero que iba en la silla de adelante, le quitó el celular y se bajaron los dos. Unas cuadras más adelante, cuando dejaron de correr los dos amigos, llegó la policía en una moto y les pidió papeles a los dos, pero como ninguno le mostró la cédula, inmediatamente los patrulleros los llevaron para la estación, donde después de tres días de sufrimiento y menosprecio lograron obtener la libertad inmediata, pero el proceso seguía vigente. Lo único malo fue que a su amigo lo dejaron preso, porque le resultó otro proceso por el cual la ley lo estaba requiriendo.

Al pasar el tiempo, aquel muchacho olvidó que le había hecho una promesa a Dios, que no volvía a robar; incumplió la promesa, pues seguía robando y no solo en la calle, también había aprendido a robar por celular, y Dios tarde o temprano lo iba a castigar.

A aquel muchacho le salió una oportunidad muy buena, fuera del país, pero las cosas no se dieron como esperaba, entonces tuvo que regresarse de nuevo. Pasaron unas semanas después de regresar al país y le salió una oportunidad de empleo que consistía en manejar un automóvil en una empresa de transporte, pero como todo no es bueno, él sufrió un pequeño accidente de tránsito del que salió ileso y la otra persona también, pero había daños en los vehículos. La otra persona, que fue la que tuvo la culpa, quería fugarse del lugar, pero gracias a Dios iba pasando la patrulla del cuadrante; con lo que él no contaba era con que la ley ya lo estaba requiriendo por el proceso de hurto que había tenido con lo de la buseta hacía años, y aunque ya había conseguido la libertad, como no siguió asistiendo a las audiencias tenía orden de captura.

El patrullero le exigió documento; él presentó la cédula y le salió que estaba en rojo. Inmediatamente llamaron la patrulla y lo llevaron esposado para Puente Aranda, donde le legalizaron la captura y horas más tarde fue trasladado para la estación. A las 12 m. llegó a la estación, donde la bienvenida no fue la mejor y de entrada le cobraron para poder acomodarlo en un buen lugar. Durante unos meses le tocó convivir con gente muy mala y la verdad se veía mucho menosprecio, muchos vicios, muchos golpes y cuchillos, pero gracias a Dios, como no le gustaba estar metido en deudas ni en problemas, lo dejaban sano.

Una noche estaba durmiendo y como a las dos de la mañana llamaron a la reja para avisarle que iba de traslado para una cárcel que quedaba en Acacías, en donde la verdad era muy diferente a todo lo que muchos hablaban: contó con la sorpresa de que no cobraban la llegada y que ahí se vivía en paz y convivencia.

Pasaron los meses y ya me fui acomodando a eso; es diciembre, el mes más triste del año, porque la verdad no tengo visitas y extraño mucho a mi familia.

LA ENVIDIA LE TRAJÓ LA MUERTE

Luis Alejandro Duarte



Hubo una vez dos hombres con una enfermedad letal que llegaron a un hospital, a la misma habitación, como pacientes terminales. Uno de ellos quedó al lado de una “ventana” y el otro cerca de la puerta; aquel hombre que quedó al lado de la ventana le hacía comentarios al otro sobre lo que era ver por la ventana, provocándole una imagen agradable al compañero de habitación. Sin darse cuenta, este se llenó de envidia por el lugar en el que el otro dormía.

Un día el hombre que dormía al lado de la ventana tuvo una recaída e intentaba pedir ayuda con el dispositivo de auxilio, pero el hombre que dormía al lado de la puerta, en vez de ayudarlo, desconectó la máquina provocándole la muerte, con la intención de quedarse con el espacio.

En cuanto sacaron a su difunto compañero, pidió el cambio de camilla. Instantáneamente lo cambiaron y él, muy asombrado, se dio cuenta de que aquella ventana de la cual le hablaba su compañero solo era imaginación de aquel hombre que había muerto, y se sintió frustrado por sus actos. Solo se culpaba por su mal comportamiento; tanto era su cargo de conciencia que no fue capaz de mirar a los ojos a los suyos, madre, padre, esposa e hijos, sin importar la fecha navideña. Después de salir del hospital tomó rumbo a la soledad, lo cual lo llevó a la locura, y se desquició tanto que hasta su propio cuerpo maltrataba. De tanto maltrato a sí mismo, llegó el día en que la vida le cobró con su propio pellejo.

“La envidia es absurda y contamina el alma, solo daña a quien la siente y paga con su propio pellejo”.

EL CEMENTERIO DE LOS VIVOS

Omar Stiven Castañeda Díaz



La vida se la da el guerrero
en este lugar de apariencia sombría,
sepa hablar para que no
lo vayan a malinterpretar.

A muchos la presencia de otros
los empieza a atormentar.
Por eso la amistad a todos
no se les puede brindar.

La cáscara y la escoba
pierden siempre sin dudar,
porque lo ajeno, amigo,
siempre se hace respetar.

Cada quien en su cuento,
nunca mire una visita ajena
porque lo que ahí va a suceder
no le va a gustar.

Una mala palabra
nunca terminará con nada bueno,
otros buscando errores ajenos
tan solo para elevar su ego.

Aquí solo llegan las amistades
cuando te consignan dinero,
demasiado interés e ignorancia,
otros poseídos como zombis por las sustancias.

Muchos por aquí olvidados
entre rejas estamos atrapados.
La presencia del diablo siempre se está manifestando,
lo bueno es que Jehová siempre está de mi lado.

Esto es un consejo de un prisionero más,
para que mala vida no se vaya a dar.
Bienvenido al lugar donde se aprende a valorar
la familia, la vida y la libertad.

HISTORIA DE VIDA

Jorge Enrique Guerrero



Un día como cualquier otro despierto en mi dulce hogar, en el cual vivía con mi madre y mi hermana. Desayunamos juntos. Aproximadamente a las nueve de la mañana llega un viejo socio a silbarme; como de costumbre salgo y me dice: “Socio, vamos a ir al centro con unas amiguitas y miramos qué hacemos”. Yo le digo, breve mi manito, déjeme yo me percho y nos vamos. Al ingresar de nuevo a la casa, mi madre me dice: “Hijo, no vaya por allá con ese muchacho, mire que hasta que a sumercé no me le pase algo por andar con ese man, no me va a escuchar”. Yo le contesto: Mamita, no se preocupe, todo va estar bien. Continúo arreglándome para salir; una vez termino de hacerlo, me acerco a la cocina, donde está mi madre, para darle un enorme beso en su cabeza, como cada día, y a pedirle su bendición. Ella me dice: “Papi, deje de andar con ese muchacho. Dios y la Virgen me lo protejan y me lo bendigan siempre, lo amo”.

Me dio un beso y llegué a donde estaba el “socio”. Salimos, nos encontramos con las chicas y nos fuimos para el centro.

Llegamos a un lugar al que concurríamos mucho, llamado Millos, en la antigua calle del Bronx. Pedimos unas pepas y unas chelas, subimos al tercer piso, que era algo más vip y farreamos con las chicas aproximadamente hasta las siete de la noche. Salimos rumbo a casa todos “pepos”, llegamos a Cazucá, un barrio al sur de la ciudad, en la localidad de Ciudad Bolívar, en el cual vivíamos; aproximadamente a las diez de la noche, me dijo el “socio”: “Perro, vamos y nos hacemos un cobro, sin palabras, manito”. En ese momento se acercaba un carro y le hicimos el pare; el man detuvo el vehículo y le quitamos todos sus objetos personales, empezamos a correr y, en el momento, se puede decir que coronamos. Ya pasadas las horas, como a las dos de la mañana, subí yo, después de tanta farra, y en el paradero del barrio se encontraba un carro estacionado, con las luces apagadas. Al

acercarme cada vez más al carro tenía un presentimiento no muy bueno, pero aún continuaba con mi camino; al pasar junto al vehículo, por la parte izquierda, observé a dos personas en el interior del carro. Los saludé: “Buenos días”, ellos contestaron: “Buenos días”. Al dar dos pasos más observé el reflejo de algo que alumbraba; al voltear a mirar, recibí el primer disparo a la altura del pecho, el segundo a la altura del abdomen. Empecé a correr, porque gracias a Dios no quedé en el piso, como en algún momento llegué a pensar. Corrí y corrí hacia la olla, porque si corría hacia mi casa, mi madre, de la impresión y miedo, no me iba poder auxiliar igual, en cambio con la experiencia de los “socios” tenía un poco más de probabilidad.

Corrí como unas cinco o seis cuadas y descansé porque en el momento no sentía nada; pensaba que era por las pepas.

DEPENDE LA COGIDA, DEPENDE LA HUELIDA

Jhonatan Hernández Sánchez



24 de diciembre de 2022

Hacienda La Ínsula - montañas del Eje Cafetero

5:00 a.m. Un grupo de recolectores de café, aproximadamente cincuenta, se disponen para una ardua jornada de recolección. Al llegar al cafetal donde está el café maduro, lo primero que se encuentran es a su patrón ofreciéndoles vicio y recordándoles siempre, “depende la cogida, depende la huelida”.

Ya por la tarde, tipo cuatro de la tarde, después de risas, consumiendo vicio y detrás de esa pepa de café todo el día, llega el momento de la pesa. La gran mayoría con pesos que superan los doscientos kilos; por cada kilo pagan setecientos y el patrón siempre les recuerda, “depende la cogida, depende la huelida”.

Al llegar a la finca, siempre encuentran la comida, pero para ellos es más importante darse su dosis de bazuco. El eje cafetero, uno de los lugares más mágicos, más hermosos, con más encanto en el mundo, se encuentra manchado por el bazuco.

Dentro de sus montañas, con sus hermosos cafetales, su variedad de aves, sus palmas de cera, sus nevados, sus fincas tan coloniales, tan típicas y con la calidez de su gente, se encuentra este mal que tanto daño nos hace como sociedad: el vicio.

Cada vez que nos tomemos una taza de café pensemos en todas las personas que hicieron posible que pudiéramos tomarla; pensemos en ese campesino que se levanta todas las mañanas a buscar café, a sembrar, a fumigar.

La tierra produce comida, pero el campesino es el que la trabaja; en las fincas hay muchas personas que quieren salir adelante, algunas con ganas

de ser nuevas personas, con ganas de ver el mundo de otra manera. Si pensamos en los campesinos adictos, ellos también tienen muchas ganas de rehabilitarse, pero los medios y sus necesidades no lo permiten.

Pido a Dios que este mensaje llegue a muchas personas, ojalá a las personas del Gobierno, para que pensemos en los campesinos, pero no en los campesinos dueños de fincas, sino en los que trabajan en ellas. Nos necesitan.

¿QUIÉN CUIDÓ LA PUERTA?

Andrés Rivas



Había una vez un ladrón de casas, muy dedicado a su arte; siempre se levantaba a las 3:30 de la madrugada para salir a hacer su labor, que era saquear casas. Salía y, como todos los días, era ganador. Vendía lo que sacaba de la vivienda que hurtaban. Recibía su parte y sus secuaces cogían por caminos diferentes. Él, como todos los días, llegaba a su hogar, llevaba su familia a comer, complacía los caprichos de sus hijas.

Como todos los días, el ladrón salió a las 3:30 a. m.

Va probando suerte hasta que ingresa a una vivienda, entra a la cocina con uno de sus secuaces, y el otro se queda en la puerta campaneando; en la cocina cogen cuchillos, ingresan a una de las piezas, ven una pareja durmiendo con un bebé. El ladrón le dice a su socio: “Ahí está la tv, el efectivo, trabajémosle el sueño”, pero el socio le responde al ladrón: “Más bien cojámoslo de quieto, y así nos llevamos todo”. Bajan a la puerta a dialogar con el otro socio que está campaneando la puerta, le cuentan lo que está sucediendo y el ladrón les dice: “¿Le trabajamos el sueño o los cogemos de quieto?”. El que está campaneando dice que le cojan la vivienda de quieto. Ingresa el ladrón y su secuaz, cogen a la pareja y al bebé de quieto, se llevan sus pertenencias materiales, todo está empacado para salir a cargar el carro, pero ¡oh!, sorpresa, cuando bajan con las cosas, está la policía esperándolos y los cogen presos. Los judicializan. El ladrón, en medio de la captura le dice a su socio, “¿en dónde está el que estaba cuidando la puerta?, ¿nos dejó botados o también lo cogieron?, ¿qué pasaría con el socio que estaba cuidando la puerta?”.

LIBERTAD

Alejandro Pérez



Libertad

Tan cerca como la arena del mar
y tan lejos como va una estrella fugaz
Quisiera tenerte, pero otra es mi realidad
Sé que algún día te voy a encontrar

Libertad

Aunque quieras escapar,
no te voy a soltar
y aun si muero sé que vas a llegar
como llega una esposa al altar

Libertad

Preso está mi corazón,
pero mi mente libre está
Igual al Dios que me lleva a la verdad
el camino de este tiempo pasará

Libertad

Si las hojas se las lleva el viento
así mis tinieblas se esfumarán
otra será mi historia
cuando vuelva a la sociedad

Libertad

Paradigmas me encadenan
solitario en estas rejas

Algún día se abrirán
y como un ave al volar
iré más allá

Libertad
Es absurdo lo que vivo
y abstracto lo que siento
Fijo mi horizonte a un nuevo despertar
Oh, amada mía, no me dejes de esperar

ACACÍAS, META



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA
DE MEDIA SEGURIDAD DE ACACÍAS

Directora del taller
Ana María Vargas Rozo

EL GRAN ENCUENTRO CON MI VIEJO AMIGO

Olmes Javier Vallejo Lozano



Estoy aquí, viendo mi rostro en un gran espejo, detallando las grietas que el tiempo ha hecho en mi pellejo, son como heridas que no causan dolor, una obra de arte que se basa en ramificaciones que formaron un nuevo aspecto, una imagen de otro ser.

Estoy aquí, no sé quién es ese tipo enfrente de mí, me observa, me cuestiona, me suplica y veo temor en sus ojos; me pregunto: “¿Por qué diablos lo he traído hasta aquí?”, al parecer me odia. Mira un momento el suelo con algo de timidez, trata de escarbar con la punta del pie y luego me mira de nuevo, siento compasión por él. Sus ojos se sumergen en una laguna... Son como dos cubos de hielo flotando uno en cada vaso.

No ha dejado de observarme por más de diez segundos desde que me posé frente a él, me dice que está arrepentido, que está muy dolido porque soñó como todo mortal y ninguno de sus deseos se ha cumplido; me hace saber que quiere paz y que desea restarle un poco de peso a la conciencia. Cuando me habla percibo en su voz algo de debilidad, es como cansancio... Pareciese que desea morir... Parece que aborrece el lastre que es su cuerpo, un bulto inútil, una estructura en ruinas y sin valor... Percibo en él la miseria, el disgusto por la creación... Quiere ser libre, dejar ese peso en cualquier lugar y correr a la velocidad de la luz; que las masas se asombren de su cuerpo inerte en medio de una calle y se pregunten: “¿Qué ocurrió?”, mientras que él es libre y va y viene... Está aquí y allá, tan liviano como el viento suave y sin forma. Nadie puede verlo y el deseo de esa libertad le hace creer que nadie quiere verlo. Vive en un mundo paralelo sin más compañía que la fiel soledad. Estoy observándolo, tiene ira y no deja de culparme. Creo que quiere golpearme. Se desespera, se llena de ansiedad,

me pide que lo ayude, que le dé la mano y no lo olvide. Me suplica sin una sola palabra que lo guíe por el buen camino... Su mirada dice mucho...

Quiero dejarlo llorar, que se rebose el líquido que rodea sus ojos, que suelte ese nudo que duele en su garganta, que se desahogue sin miedo y sin importar la lluvia de sus ojos que recaen sobre sus acciones. “Llora”, le digo y un par de hilos plateados dibujan unas grietas en las mejillas y se libera todo, es como si el alma saliese por un momento del cuerpo dejándolo liviano y cansado, sin fuerzas pero tranquilo, sereno, y por culpa del orgullo queda herido, un poco avergonzado. Ahora está sollozando, tiene pena, no quiere mirarme. Yo tampoco quiero hacerlo, se hace silencio. Un ligero cosquilleo recorre mi cuerpo y por primera vez desde nuestro encuentro me siento vivo, sin dolor, según veo sus ojos deduzco que se siente igual. Me mira con gratitud, sonrío, estira su cuerpo, creo que se marchará; da la vuelta y da un par de pasos... Gira su cabeza hacia mí y dice: “Gracias”. Sale.

Estoy aquí, satisfecho porque le di esperanza por otro día más a ese hombre que de seguro mañana regresará odiándome, culpándome y suplicándome. De ese modo sé que mañana tendré la misma misión: motivarlo y darle esperanza. Lo que más me preocupa es que no sé por cuánto tiempo podré aguantar diciéndole a mi yo que resista, que algún día esto terminará y seremos libres de nuevo.

Me encontré hoy con ese tipo otra vez... Lo vi un poco más conciliador, hasta un poco más amigable, vi serenidad en su rostro y en el rictus de sus labios algo de complicidad. Supe al instante que confiaba en mí, me dijo que había una pizca de dolor en su interior, pero que trataba de ignorarla. También en tono burlón me habló de sus travesuras y de todo aquello que hizo cuando su cuerpo aún estaba en desarrollo. Me sentí dichoso al escucharlo, era como si de repente empezara a sentir algo extraordinario por ese tipo. Su aspecto físico es el de un hombre común, pero su ser, en toda su totalidad, aún con sus errores es hermoso, me fascina saber cada vez más de él... Me mira, me hace gestos de aprobación. Creo que ya dejó esa absurda idea de odiarme y de culparme... ¿Me perdonó? El tiempo lo dirá...

Hay en sus ojos un brillito casi divino y dentro de ese destello hay un sueño... y en ese sueño no hay más que esperanza. Es un placer observar esos ojos que a veces suplican compasión o expresan angustia, porque todo su rostro es un laberinto y la única salida está en sus ojos que miran como un fantasma lo que sucede y en su boca que se desahoga extirpando los grumos que se acumulan en su corazón.

Quiero saber mucho más de él, escucharlo, conocerlo en toda su extensión y saber el motivo de cada una de sus acciones, por más insignificantes que parezcan, pues solo así podré llegar a amarlo y fundirnos en uno solo, sin máscaras ni apariencias.

ESTE SOY YO

Andrés Felipe



Nací el 9 de noviembre, en el año 1990, en casa de una partera en la fría y bella Facatativá, se podría decir que esa era la moda en aquella época, pues llegar a un hospital o clínica para el parto se consideraba un lujo del cual carecieron mis padres; aunque esto no limitaba el motivo de celebración para Guillermo y Ana Isabel, dos jóvenes a los que con orgullo y cariño, además de respeto, llamo mis padres. Desde aquel día fuimos cuatro integrantes en la familia, ya que Cindy, mi hermana, nació algo más de un año antes que yo.

De mi niñez puedo recordar muchos momentos bellos, por fortuna crecí en una finca alejado de la gran urbe y sus complicaciones, más en aquellas épocas cuando la violencia y el terrorismo en el país desvelaban a más de uno. Normalmente ayudaba a mi padre en los quehaceres de la finca, con el ordeño, los cultivos, la leña para el fogón, el pastoreo de las vacas y los otros animales, el agua para que bebieran; desyerbaba potreros, entre otras labores que básicamente constituían la vida de cualquier campesino; mi padre es agricultor y aunque con su genio y temperamento o su manera de ser siempre me daba lecciones y me enseñaba, muchas veces lo tomé por el lado equivocado, incluso en alguna ocasión le respondí que me la tenía montada. Yo, siendo aún menor, no pensaba en la vida ni mucho menos esperaba que tantas lecciones unos años más tarde me harían agachar la cabeza y decirle “gracias, papá”. Con mi madre era algo diferente, ella es noble; me aconsejaba, me alcaheteaba, me mimaba y aún lo hace, así es mi madre y para mí la mejor madre del mundo. Si hubo fue fue porque lo merecía; yo sé que les dolía más a ellos que a mí, pero es que de verdad era yo una completa caspa. A la edad de cinco años ingresé a una escuela llamada Ismael Arévalo Segura, ubicada en el casco urbano de Facatativá; viajábamos a diario en colectivo urbano, mi hermana y yo.

Ella siempre me llevó un año adelante. En la escuela cursé desde primero hasta cuarto y luego pasé a un colegio llamado Instituto Técnico Industrial donde seguí con quinto, sexto, etc., hasta graduarme con los honores del caso, junto con algo más de ciento veinte jóvenes. Para esa época habían nacido mis dos hermanos menores, Milton y Danilo; yo jugaba mucho con ellos, pero tenía también a Sookie de caspa; eso como que viene es por herencia, ya no es culpa.

Ya de joven, con amigos y amigas, amores juveniles, rumba, trago, algunas drogas y algo de rebeldía pase los dieciocho e inició mi edad de adulto. No perdía de vista la idea de estudiar algo profesional que ojalá me sirviera para el futuro; siempre me decían que, aprovechando que no tuve que prestar el servicio militar, ingresara al Sena a una carrera de técnico profesional en logística, que a su vez me abrió las puertas a nivel profesional y laboral: obtuve mi primer empleo como aprendiz. Fueron varias empresas en donde laboré (Corona, Lux, Koba) por nombrar algunas; de allí mi sustento y los proyectos que como familia nos planteamos, ya que había formado un hogar junto con Lyda Esperanza y Paloma, mi hermosa hija, alegría que llegó el 22 de mayo de 2012; sin lugar a dudas el mejor día de mi vida, un motivo para salir adelante y darle un buen futuro a esa princesa.

A lo que llamamos vida lo definiría como momentos, y aunque pasen por la mente muchas cosas, es cada momento lo que escribe la historia que llevarás de por vida. Viví momentos maravillosos en mi hogar, junto a Lyda y junto a mi princesa; por desgracia o por fortuna hay un dicho popular: ese que dice que las cosas muchas veces no salen como uno las planea y en mi caso fue una realidad tan cierta que en mí desbarató el pequeño castillo de amor y familia que imaginé. Es cierto que nadie es culpable de los actos y decisiones de los demás, pero estos traen al final unas consecuencias buenas o malas, todo depende del momento o el lugar o la forma con que se miren. Tomé decisiones sin pensar lo impensable, sin concluir los desenlaces; no imaginamos los rumbos que tomarían nuestras vidas. Me miro al espejo y acepto mi realidad, cargo con ella; es más, hasta aprovecho cada oportunidad que se presenta. Hace algo más de siete años estoy aquí, y hoy, en la 15 del cuarto de alcastraz, consecuencia de mi realidad, lastimosamente lo que era mi familia, lo que era mi hogar, ya no existe. Lyda, la madre de mi hija, hizo otro hogar con otra persona; tienen otra hija, siguió su vida y no la culpo, es más, me alegra saber que se encuentra bien. Paloma, mi hija, que está en edad escolar, poco sabe de mí, casi no hablamos, las circunstancias día a día nos separan más. No pude estar

con ella o ellas en muchos momentos importantes, falló la asistencia a la cotidianidad y esa ausencia poco a poco terminó de desmoronar el castillo que algún día nos propusimos formar. Ya el pasado, pasado; no queda más sino mirar hacia delante, pero nadie borrará la imagen del primero, Dios, el paso al vacío. Y este soy yo.

Tengo treinta y tres años y hoy por hoy me di a colaborar en una máquina llamada desgastadora de cuero; junto con otros internos hacemos el calzado para las mujeres privadas de la libertad en el país. Es algo que carece de importancia, pero para los que trabajamos allí es importante por ser nuestro día a día: es nuestra forma de escapar de una prisión, es nuestra forma de aportar a la sociedad, es nuestra forma de sentirnos útiles y aprovechar el tiempo, es nuestra forma de vida mientras estamos sepultados en este cementerio de vivos, cementerio de sueños, cementerio que algún día nos liberará, cementerio que no deseamos a nadie y al cual no queremos regresar jamás.

Puede que la cárcel te quite todo, increíblemente se fueron proyectos, negocios, amigos que decían ser amigos. Se fueron el hogar, las cosas materiales, el trabajo, los lujos; se fueron muchas ilusiones y se perdió el cariño con muchas personas, además de la confianza, como si se tuviese. Pero como dije antes, es increíble, este lugar también aporta algo para tu vida, algo así como si te quitara lo que te sobra o lo que no necesitas, lo que nunca fue tuyo y simplemente te otorga lo que es: mis padres, mis hermanos, algunos amigos han estado conmigo, y en este viaje los muros me han dado oportunidades al encontrar personas valiosas que con errores o no están contigo cuando terminas el viaje de caída hondo, personas a las que conociste en las malas, que compartieron Wimpy, pinches rascas, pelas gaseadas, descontroles, partidos de la Selección al son de un radio, la misma película una y otra vez hasta que el cd dijo ya no más, veinticuatro vacíos, treinta y unos eternos, cumpleaños en silencio; aquellos que se alegran con uno cada vez que llega el papel del juzgado; si no es buena, no te juzgan, al contrario te suben el ánimo y parecen, no, parecemos abogados: toca apelar, toca tutelar, toca pelear, es un camino lento y tenemos algo que solo es nuestro y lo repetimos a diario: un día más de vida, pero un día menos de cana, lo que simplemente significa que no nos dejaremos quitar la esperanza.

También encontré en este viaje a una persona valiosa, amor, o a veces esposita, pero toca todo con calma. Ella es Laura Bibiana y me ha demostrado que me quiere; deja todo en su vida para venir a este cementerio a

hacerme compañía, a levantar mi ánimo, a hacerme sentir humano. Una vez me visitó un 24 de diciembre; ese no fue uno vacío, fue el mejor. Que me espere afuera en libertad; me dice que allá afuera vivir no está fácil, pero que juntos vamos es pa'delante. La quiero.

Llevo siempre en mi mente los consejos de mi madre: en el mundo no hay mal que por bien no venga, y otro: en las buenas y en las malas se aprende. Me preguntaba aquí cuál es el bien que viene o qué es lo que tengo que aprender, y ahora me doy cuenta, voy llegando a esas respuestas.

Aprovecho este escrito y de la manera más sincera pido perdón a Dios, a Guillermo y Ana Isabel, mis padres; a Cindy, Dani, Milton; a mi Paloma; a mi familia; a Lyda, la mamá de mi princesa; a mis amigos y conocidos, aquellos que siempre me tendieron una mano amiga; a la sociedad, a todos en general, pero también sé que la vida está llena de altibajos: hoy estoy en el fondo, pero este fondo me impulsará para salir adelante y ser mejor persona, mejor padre, mejor hijo, mejor amigo, mejor ser humano, te acordarás de mí. Gracias.

PROMESA

Andrés Felipe



Para Duber/ mi amigo

Una noche como ninguna
sin preguntas, solo silencio,
contestan los sueños a la luna
si acaso no es tan alto el precio.

Esa noche no es de descanso,
siendo huésped del cementerio,
cuando parece eterno este ocaso
un alma renace y en él se abre paso.

Las noticias son solo eso,
pero esta vez más me alegro,
no importa si este suceso
a mi sueño le hizo un receso.

Amigo “me voy” fue la noticia,
que con voz suave susurraba,
y entendiendo aquella prisa
su equipaje organizaba.

Estreché su mano como seña,
pero esta vez no de despedida,
sino como hombre que se empeña
en alegrarse con su partida.

En su hogar alegres esperan,
en parte la prueba termina.
Consejos a muchos llevan
las almas que por aquí caminan.

No hay palabras que describan
el hecho que aquí les traigo,
solo está reservado este trago
a los que de libertad nos privan.

La calle paciente espera
algún día reunarnos,
en esta realidad áspera
de la que fuimos testigos.

Un paso adelante me llevas,
tu partida me da fuerza,
sigo aquí con mis pruebas,
esto es más que una promesa.

MI SEGUNDA VIDA

Luis Advincola



Prólogo

Cuando me pidieron escribir mi biografía, mi primera reacción fue negarme, porque no me gusta recordar mi vida pasada y, de hecho, no lo voy a hacer, no voy a hablar de mi vida pasada, porque mi pasado quedó enterrado para siempre; odio al hombre que fui y no quiero que viva ni siquiera en mis recuerdos. Lo intenté, realmente lo intenté, pero no pude hablar de mi pasado, no puedo ni quiero hacerlo, pensé en dejar el curso, pero eso iría en contra del hombre que soy ahora, no quería pasar por soberbio, arrogante y orgulloso, por esa razón decidí continuar en el grupo, escribir, pero no de mi vida pasada, sino de mi “segunda vida”.

Capítulo I.

Mi primera muerte

No deseo hablar de mi primera vida, es una etapa que quiero borrar de mi memoria. Solo quiero hablarles de mi segunda vida, que es la que vivo en estos momentos.

De mi primera vida solo les diré que nací el 21 de junio de 1977 en el barrio Lleras de Bitura, Valle del Cauca, y morí el 12 de noviembre del 2015, cuando fui capturado por hechos a los cuales no deseo hacer referencia.

Estuve un largo tiempo en letargo. En ese lapso no tuve vida, pero tampoco estuve muerto porque respiraba, comía y andaba, era como un zombi. Estaba, por decirlo de alguna manera, “muerto en vida”.

Me había convertido de repente en una vergüenza para mis hijos y en la deshonra de mi familia. Abandonado por todos, sin un motivo para vivir y con un gran peso en mi conciencia por el daño tan profundo que había hecho, no solo a mi familia, sino a mi víctima y a mí mismo.

Me refugié en la lectura. Ese fue el único lenitivo para mi pena, porque me permitió refugiarme en un mundo de fantasía y evadir la cruda realidad que vivía.

Estuve aletargado en el tiempo por casi tres años leyendo de todos los temas, aprendiendo historia, mitología, geopolítica y cultura general. Desde siempre me han gustado las películas de terror; por lo tanto, los libros de terror y suspenso se hicieron mis favoritos.

Para el año 2018 me había convertido en un asiduo lector. A principios del mismo año, entré en la biblioteca como siempre, buscando un buen libro para leer. En uno de los estantes encontré uno llamado *El beso de la mujer araña*. Se trataba de un libro escrito por un autor argentino del cual no recuerdo el nombre; cuando leí el título pensé: “Este es el mejor libro que pueda leer”. Imaginé un libro de historia lleno de intriga, suspenso y acción, pero cuando llegué a mi estancia y me puse a leerlo advertí que no era lo que prometía, aquel resultó ser el peor libro que había leído en toda mi vida. Me sentí tan decepcionado que no terminé de leerlo, incluso llegué a pensar: “Yo podría escribir algo mejor que esto”. Me repetí eso tantas veces, se lo dije a tantas personas que al final esa idea se grabó en mi mente. Yo podría inventarme una historia mejor que esta. “¿Por qué no?, nada pierdo intentándolo”, dije.

La verdad era que en ese momento no tenía dinero ni siquiera para comprar un cuaderno, así que comencé a cambiar mi comida y a vender los frutos que recibía en el desayuno; de esta manera me hice a un cuaderno y un lapicero, de esa manera pude comenzar a escribir mi primera novela, que se llamó *Piel canela*, titulada *El amor no tiene color*. Esta obra cuenta la historia de Maye, una mujer que debe enfrentar el rechazo de su familia solo por el color de su piel; ella es mulata, hija del jefe de la casa con una de las criadas de raza negra. Por ser el fruto de una unión ilegítima, enfrenta dos problemas, además de que se enamora del prometido de su media hermana. Esta es una novela romántica que contiene drama, suspenso e intrigas al por mayor.

Cuando la di a leer a unos compañeros amantes de la literatura, no podía creer el resultado. Todos sin excepción me elogiaron y decían que tenía talento, uno de ellos incluso se atrevió a afirmar que yo escribía como

los grandes. Esas palabras me llenaron de orgullo, esa novela me hizo salir del letargo y así nací de nuevo.

Capítulo II.

Mi segundo nacimiento

La posibilidad de ser alguien en la vida, la oportunidad de volver a ser útil a la sociedad y las ganas de mostrarle al mundo que las personas sí pueden cambiar me volvieron las ganas de vivir, nací de nuevo porque ahora tenía un motivo para vivir. La literatura le dio sentido a mi vida. Resurgí con un propósito, ser un escritor famoso, reconocido a nivel mundial. Ahora que tenía un sueño, un propósito por el cual vivir, lucharía con todas mis fuerzas para alcanzarlo. Sabía de antemano que no sería nada fácil, pero no pensaba en rendirme.

Luego de terminar mi primera novela, comencé la segunda, que se llamó *Rebelión*. Esta cuenta la historia de Benkos Biohó y su lucha contra el Gobierno español. Su rebelión dio origen a San Basilio de Palenque, el primer pueblo libre de América, declarado por la Unesco patrimonio inmaterial de la humanidad.

Luego de esta, escribí *Causa y efecto*.

Aquí debo hacer un paréntesis, porque pese a que ya tenía tres novelas escritas no había podido publicar ninguna. Todo debido a que no conseguía un patrocinador. En esta incipiente etapa de mi carrera tenía que escribir mis obras dos veces, es decir, hacer una original y una copia. Una para enviarla a la Dirección Nacional de Derechos de Autor y la otra quedaba para mí; eso hacía mi proceso de escritura muy lento, porque si la obra constaba de doscientas páginas, tenía que escribir cuatrocientas. Sin duda, un esfuerzo monumental, pero aun así no me rendiría. La literatura comenzó a llenar mi vida de color. Yo comía, respiraba y transpiraba literatura. Antes de cerrar este paréntesis les contaré una anécdota curiosa. Escribiendo mi tercera novela, que ya les conté que se llama *Causa y efecto*, no pude evitar derramar muchas lágrimas. —¿Por qué?— se preguntarán ustedes. La respuesta es sencilla. Esa novela me hizo recordar mi vida pasada.

Mientras escribí la vida de Álvaro Contreras, un hombre que se ganaba la vida como payaso, pero que era el hombre más desdichado sobre la faz de la tierra, lloré, lloré porque su vida reflejaba la mía. Fueron muchas las ocasiones en las que tuve que parar de escribir porque las lágrimas no me lo permitían, el nudo que se hacía en mi garganta no me dejaba escribir, mi brazo se paralizaba y mi mente se ponía en blanco. Recordar mi vida pasada me llenaba de una nostalgia incontrolable. Si en los siguientes párrafos de este escrito cometo algún error o escribo alguna incoherencia, les pido mil disculpas, lo que ocurre es que al recordar aquello me he vuelto a bloquear. Pese a que ha pasado mucho tiempo, aún me causa desagrado mi primera vida, es algo que no deseo hacer; por esa razón esa novela no la he digitalizado, se quedó en el papel y el manuscrito lo tengo archivado en algún lugar de mi estancia. Cierro el paréntesis para continuar con mi historia.

Pese a que mis historias se consideraban buenas, no podía encontrar un patrocinador; escribí a todas las empresas y entidades que, creí, podían ayudarme, pero no obtuve resultados positivos. Escribí al Grupo Éxito, Ecopetrol, Coca Cola, Postobón, Noel, el Ministerio de Cultura, la Alcaldía de Bogotá, y podría llenar cuatro o cinco páginas enumerando las puertas que toqué, pero no se me abrió ninguna.

Si me preguntan cuál es la obra que más trabajo me ha costado, yo diría sin duda que fue *Causa y efecto*, porque cada dos o tres páginas me hacía llorar y paraba de escribir por dos o tres días hasta que tomaba valor para continuar, mientras luchaba contra la procrastinación y combatía contra los recuerdos que me asaltaban a cada instante. Se me ocurrió que podría aprovechar la sala de sistemas para digitalizar mis obras, me animé a pedir el permiso. Si se me concedía sería un impulso muy grande en mi incipiente carrera porque ya no tendría que escribir dos veces la misma obra. Eso me daría tiempo y espacio para duplicar mis escritos.

Esperé por más de dos semanas una respuesta con el alma en vilo y rogando al cielo para que se me concediera el permiso, hasta que un día fui llamado para informarme que si deseaba salir al área de sistemas tenía que abandonar la actividad que tenía en ese momento. Fue una decisión muy difícil, porque esa actividad era la que me proporcionaba los medios necesarios para conseguir algunos elementos para mi aseo personal; si la abandonaba, quedaría como al principio; sin posibilidad de comprar un jabón para bañarme o un rollo de papel higiénico. Aquella actividad de aseo me proporcionaba no solo un bono con el que podía adquirir estas cosas, sino que es una de las actividades que permite redimir más pena.

Si cambiaba mi descuento a literarios no solo no ganaría dinero, sino que redimiría menos tiempo.

Sin embargo, estaba de por medio mi sueño de ser escritor, así que no tuve que pensarlo por mucho tiempo. Decidí cambiar de actividad, para mí era más importante salir al área de sistemas a digitalizar mis obras en uno de los computadores de uso institucional.

Como ya podrán imaginar, me lancé a la aventura de escribir sin tener los conocimientos básicos, no sabía sobre elipsis narrativa, de la técnica de contar o mostrar, la teoría del iceberg, ni siquiera sabía puntuar los diálogos y cometía muchos errores de ortografía. Lo único que había hecho era leer, leer y leer. Pero no sabía estructurar una obra, no tenía noción de qué era planteamiento, nudo y desenlace, aunque inconscientemente los usaba.

Aunque leí muchos libros, hubo uno que leí al principio de mi letargo que me marcó profundamente, se llama *La madona de las siete lunas*. Era una mujer que sufría un caso de doble personalidad, yo decidí ir un paso más allá. Pensé:

“¿Qué tal si en lugar de alguien con doble personalidad hago que dos personas habiten en un mismo cuerpo?”. Allí nacieron Víctor y Victoria Grahán, unos gemelos que vivían en un solo cuerpo. Esta fue la primera novela que hice digital. Gracias a alguien que me colaboró pude enviarla a una editorial española, donde me elogiaron la trama y otras cosas buenas, pero me criticaron otras cosas; eso me motivó a querer aprender más sobre escritura, comencé a buscar asesoría, aprendí a puntuar los diálogos y un poco de ortografía. La primera vez me calificaron esa novela con un siete sobre diez, pero yo quería más. Así que la reescribí, la puntué mejor y la volví a enviar. No diré que me sorprendí con el resultado porque ya lo esperaba.

Diez sobre diez, un puntaje perfecto. Esa novela mezcla lo paranormal con el género criminal, con una dosis alta de acción. Cuenta la historia de Victoria Grahán, una joven que a los catorce años es asesinada por cinco jóvenes; ella en realidad no muere, sino que se queda viviendo en el cuerpo de su hermano gemelo Víctor. Dieciocho años después despierta y se da cuenta de que quienes la ultrajaron no pagaron por lo que le hicieron; entonces decide usar el cuerpo de su hermano para asesinar a los implicados en su “muerte”. En su proceso de venganza se enamora de Xavier Rose, eso hace que no desee abandonar el cuerpo de Víctor, y se genera así una lucha entre hermanos por el único cuerpo disponible.

Esa es una de mis mejores obras, igual que la novela llamada *Yo soy María Magdalena*, la cual ya se encuentra publicada en la Unión Europea y está disponible en Amazon KDP.

En esta plataforma también tengo publicados *Dimensiones paralelas*, de suspenso. *Lady Boy*, la superheroína transgénero, de acción y fantasía. Ya hice la segunda y tercera parte de *El efecto Géminis*. Tengo por publicar: *Homofobia*, thriller más allá del miedo. Tengo una antología de terror llamada *Objetos malditos*. Actualmente estoy trabajando en una novela que tiene formatos para televisión llamada *El beso de Judas*.

Tengo otros proyectos como: *Que nos entierren juntos*; *El beso de Judas II*; *La historia de la viuda negra*; *Novia infernal*, de terror; *El Bufón*, de acción; *El proyecto X, de ciencia ficción*, y muchos más.

Solo le pido a Dios que me dé vida y salud para llevar a cabo todos mis proyectos. Deseo convertirme en el escritor colombiano más leído de la historia, pero mi mayor anhelo es mostrarle al mundo mis cambios, enterrar para siempre mi primera vida y resaltar lo que ahora soy. Ahora tengo un propósito para vivir, me avergüenzo del hombre que fui, pero me siento orgulloso de quien soy ahora.

Estoy viviendo mi segunda vida, pidiéndole a Colombia y al mundo una segunda oportunidad. Aprovecho estas páginas para pedirle perdón a Colombia, a mi familia y sobre todo a la víctima de mis malas acciones.

Haré lo que esté a mi alcance para hacer que todos se sientan orgullosos de lo que ahora soy. Porque yo me siento muy orgulloso de lo que hasta ahora he logrado. Tengo un futuro brillante, un mundo de posibilidades se abre ante mí y me he prometido a mí mismo que voy a triunfar, que saldré adelante con mis escritos. Deseo ser el mejor, llegar al cine y a la televisión. Hasta ahora ya me he superado a mí mismo, me falta superar a los demás.

UN GRAVE ERROR

Alex (seudónimo)



Recuerdo tener seis o siete años, me gustaba ser un niño, me refiero a ser menor de edad porque todas las cosas que yo hice como niño fueron fantásticas. ¡Intentando compararlas con las que se viven hoy día y no se comparan para nada al respecto, porque jugar con mi aro de llanta de moto era súper! En realidad, funcionaba la fantasía y nuestra inocencia nos daba la oportunidad de creer que todo era bonito. Yo solo pensaba en jugar y lo mejor era estar en la calle con mis amigos, aunque a veces eso significaba una pela por romper la ropa en las rodillas y quedarme más tiempo de lo que debía.

Fui creciendo y las cosas se fueron complicando porque era indisciplinado, aunque en la escuela era uno de los mejores siempre, pero el peor en disciplina; qué ironía, los profesores me escogían como monitor de clase cuando ellos no se encontraban en el salón y yo, como siempre quería resaltar ante los demás, exigía mucha disciplina cuando yo no la practicaba.

Bueno, sigamos. Empecé a faltar a la escuela y mi padre, que era un poco cruel, más que todo conmigo, por mi comportamiento, me empezó a llevar a su trabajo, que para mi edad se me hacía un poco duro... La famosa construcción o también llamada “rusa”. La verdad no recuerdo con exactitud cuántos años tenía, pero las labores que yo hacía prácticamente las hacía como las de un adulto; mezclas de toda clase, preparación con morteros y concretos, a distinguir el resto de los materiales. La verdad, lo hacía muy bien y ríanse, ¿saben cuánto me pagaba mi papá? ¡\$ 2000 semanales! Y yo hoy día me acuerdo cuánto ganaba mi papá en ese entonces; ¡él construía casas de urbanización y por cada casa terminada, sin contar con la cubierta, le pagaban \$ 90.000 en la quincena!! Construía dos casas y media... Ayyy, mejor no sigo contando el resto porque no terminaría en dos o tres hojas,

solo este comienzo y las penumbras que viví en ese entonces. Hablemos más bien un poco de mí...

Desde niño hasta el día de hoy he sido “mamador de gallo”, risueño, al punto de burlarme del dolor ajeno, pero tratando de no ofender a la persona, aunque siempre termino sacando la piedra a la mayoría y quizá terminan alejándose de mí por mis imprudencias, y aunque a veces me siento un poco mal, pienso y digo: “De malas, ellos se pierden de mi amistad”. Aunque un poco egocéntrico, es la verdad ja, ja, ja, porque me considero un amigo muy bacano.

Bueno, la verdad creo que yo pude haber tenido una vida distinta; si uno actuara en la vida con más raciocinio y no tomara las cosas de forma fácil y rápida y sin importar consecuencias.

Empecé a fumar cigarrillos desde los dieciséis, solo con el ánimo de verme grande como mi hermano, porque como yo trabajaba y ayudaba a pagar las cosas de la casa, exigí que ya era hora de que me vieran con ojos de persona grande (mayor), para también tomarme unas cervecitas, aunque me gustaban más los tragos fuertes... Ummm, tiempos aquellos... Aunque la verdad no me trasnochaba mucho el licor.

Soy una persona extrovertida y a la vez tímida, aunque no lo crean hasta el día de hoy. Tengo la mala costumbre de decirle la verdad a las personas en la cara y esto me trae problemas porque a nadie le gusta la verdad y menos que se la digan en la cara, a veces ni a mí. (Yo no sé si estoy cumpliendo con lo que la profe me pidió como tarea, o yo, como siempre, haciendo lo que me viene en gana. Espero que vaya bien...).

Bueno, en el amor, ummm, la verdad no es que diga yo qué bruto, pues era el chacho, la verdad no, y digo era porque hoy en día soy peor, feíto, flaco, barrigón, malgeniado y pecoso, sí, el típico feíto, y lo peor es que las niñas que a mí me parecían lindas, se fijaban en mi hermano, ¿duro, no?

Como a partir de los diecisiete las cosas cambiaron a mi favor, me estaba convirtiendo en el papichulo (de lejos papi y de cerca chulo, ja, ja, ja; no, mentiras, era un chiste para que ustedes se rieran un poco a costillas mías). Bueno, la verdad las cosas cambiaron, ahora era todo lo contrario: yo era el que decía “no, ahora tengo el poder”, el que imponía las condiciones era “Yotás”, pero eso me trajo más problemas que satisfacción porque empecé a perderle el valor y el respeto a la mujer, quien merecía su sitio como persona. Solo pensaba en lo que yo quería y cómo lo quería. No valoraba ni respetaba las decisiones y pensamientos de los demás.

¡Carajo! Tuve un accidente, me quemé parte del brazo izquierdo y del abdomen, eso me causó un trauma, creo yo, no psicológico, aunque no permitía que me vieran, mucho menos que me tocaran; así empezó mi viacrucis con mujeres por todos lados; estoy hablando de interactuar con una chica. Mis hormonas alborotadas me pedían a gritos lo que yo no podía hacer a causa de la inseguridad que me producía una quemadura en mi cuerpo, porque la cicatriz me parecía muy fea. Ustedes saben qué es querer experimentar las mieles que nos da la vida y por culpa de una simple quemadura no poder o no tener seguridad de uno mismo; el poder actuar ignorando la estúpida razón de estar quemado.

Muchas cosas me he saltado por contar, pero estoy describiendo mi biografía con las partes más relevantes, que para mí son las más importantes y al mismo tiempo saco un poco de mi Alex al desnudo ja, ja, ja.

Bueno, mi vida continuó entre ires y venires. Completé mis veintidós años; traté de sostener una relación “sexual” con una chica, pero no funcionó; era un total estúpido, ignorante e inseguro. Me podía más el trauma de la quemadura en mi cuerpo.

Se imaginan, hasta la edad de veinticuatro años sostener una relación sexual, si la puedo llamar relación, porque la verdad fue un desastre; pero bueno, por lo menos digamos que empezó mi vida sexual y poco a poco tomó forma, con bastante pena y desconfianza, sin dejarme tocar ni ver, empecé mi vida sexual en firme, o eso creía yo.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que eso no era verdad. Yo prostituí mi cuerpo y le di rienda suelta a todo el tiempo que no había podido hacer nada. Me olvidé de la responsabilidad que el sexo implica y de sus consecuencias. Lo primero que se me olvidó fue el respeto por mí mismo, por mi cuerpo, porque jamás me cuidé. Utilizar un preservativo no era una opción. Solo era disfrutar de lo que por tanto tiempo no había hecho.

Sin embargo, empezaron los problemas, ¿raro, no? Casi a los veinticinco me enamoré de la madre de mis dos primeros hijos, pero agravaba cada vez mi irresponsabilidad. ¡Carajo! A pesar de estar con ella como mi “mujer”, había muchas más mujeres con las que yo gozaba mi dizque “sexualidad”. Embaracé a otra mujer que apenas sabía que se llamaba Liliana.

Ya están escuchando la cadena de errores que empezaron en mi vida, sin contar con mi irresponsabilidad, la inmadurez con la que me tomé la vida. No tengo excusas, porque vendrían cosas más complicadas; eso no era todo, faltaba mucho más...

Al cabo del tiempo, cuando llevaba seis años de la relación con la madre de mis dos primeros hijos, intentamos vivir juntos; imagínense, duré más comprando las cosas para irme a vivir con ella que lo que duramos viviendo, nueve días. Ummm, qué tal el desorden de mis acciones.

Al poco tiempo y viviendo en total soledad en casa de un amigo, seguía disfrutando de las mieles de la vagancia.

Un día, un amigo se preparaba para jugar un partido de microfútbol y me invitó, pero yo no tenía tenis, ni pantaloneta. Él, muy acomedido, me invitó a su casa para facilitarme los implementos deportivos.

En el transcurso del parque a su casa nos encontramos con la persona que hoy en día lleva a mi lado la bobadita de veinte años; pero saben, ella no fue la excepción en sufrir todas las inclemencias del amor y sus derivados (infidelidad), y a pesar de todas estas falencias que he tenido como hombre y como compañero de vida, esposo, aún estamos juntos y la amo.

Me dio dos bellos hijos, un niño y una niña. Terrible mi hija, ja, ja, ja, pero un amor. Ella soy yo versión mujer. Ojalá jamás siga mis pasos.

Estando con esta maravillosa mujer, porque lo es, la vida nos tenía la cereza del pastel preparada. Yo tenía para ese entonces veintiocho años, ella diecinueve.

En la casa donde vivíamos había una chica a la que le faltaba un mes para cumplir catorce años, y juro que no miento, la chica un día se me insinuó y yo como un gran idiota que “nunca había conocido mujer alguna” (es sarcasmo), caí, sostuve una relación a escondidas de mi esposa. (Me toca recortar lo que más pueda la historia porque, si no, no termino nunca). Para mí, aquella chica era simplemente otra mujer más en el historial de mi vida.

Algo en mi interior me decía que estaba en el lugar equivocado y que la vida me estaba poniendo en una encrucijada de la cual no tendría escapatoria.

Yo tomé la decisión de terminar las cosas con ella, pero ya era tarde; ella estaba gustosa de estar conmigo, obviamente no aceptó y con lágrimas en los ojos me decía que no la dejara; no sabía qué hacer, la verdad. Para darle consuelo y para que dejara de llorar le dije que tranquila, que yo seguiría con ella, y así pude calmarla.

Pasado el tiempo, ella, la chica de mi terrible historia, me escribió una carta en la cual expresaba todo su amor.

Yo guardé la carta en una maleta, pasó una semana más o menos, cuando un día llegué a la habitación y mi esposa me dijo estas palabras:

—Muy bonito lo que estaba haciendo con esa tal fulana.

Yo quedé de una sola pieza, no supe qué contestar. Solo atiné a preguntarle:

—¿Dónde está la carta?

Ella me respondió:

—Se la entregué al papá para que le dé a esa hp.

Yo le dije:

—Usted me jodió la vida, qué tal que ese señor ofendido me mate.

—Aunque también pensaba que nos daríamos unos puños, que sería lo de menos. Pero lejos estaba de mi realidad; la vida había escogido a mi esposa amada para darme la peor lección de mi vida, jamás esperada por mí.

El papá de la chica tomó la decisión de, en vez de hacerme daño físico o algo peor, decirle a su esposa que me pusiera una demanda penal. Esta señora me contó que su esposo le dijo que por el solo hecho de ser menor de dieciocho años habría alguna implicación en un delito. Pasaron diez años en los cuales se trató de revertir la demanda, pero ya no se pudo.

Mi esposa, tristemente, va para siete años de acompañar a su marido y padre de sus dos hijitos, acompañándolo en una condena, y digo con mucho orgullo que no soy un criminal, pero creo que mi estadía en este sitio ya me jodió para siempre el resto de la vida. Por una mala decisión, no lo creo, porque sé de personas realmente criminales y están libres.

Solo le pido a Dios que siempre se cumpla su santa voluntad y cuando sienta que la mía tiene alguna validez para Él, me permita saber que es la correcta. Mientras tanto, a pesar de lo triste y dura que esta situación ha sido para muchas personitas, en especial para mis hijos, en su dificultad se han comportado a la altura. Esta verdad escrita está dedicada a ellos.

A mis hijos menores, Jhoan Sebastian Martínez Gutiérrez y Eimy Juliana Martínez Gutiérrez. Porque en medio de esta dificultad son unos niños e hijos maravillosos, a quienes les pido perdón por dejarlos tanto tiempo solos, pero me siento muy orgulloso de los dos, porque cada uno en su forma de ser ha dado un granito de arena para que esta situación sea un poco más llevadera, a pesar de que son unos niños todavía.

Los amo mis amores.

Su papi, Alex

Que no se me olvide exaltar a una gran mujer, esposa y compañera, mi amada esposa, Mónica Gutiérrez. Te amo.

¿PARA QUÉ CELEBRAR?

Orfeo de Lira (seudónimo)



Fiestas que se forman,
sin resta, sin suma,
luces que se encienden
con gran esplendor.
Todos se reúnen y cantan a una,
aunque muchos floren
en su corazón.

Suenan los tambores,
guitarras, maracas,
risas sin descanso
en una desazón.
Y ¿qué celebramos?
La fiesta de todos
pero no es la mía
porque yo no estoy.

¿Para qué celebro?
Si nada me alegra,
lúgubre tristeza
en vez de emoción,
se me hiela el alma,
no encuentro una nota
que encienda una llama
en mi corazón.

Todos se festejan
con gran alborozo
y quien esté triste
no es preocupación.
Mientras todos ríen
yo me encierro y lloro
porque nada llena
mi gran aflicción.

BARRANQUILLA, ATLÁNTICO



CÁRCEL DE MEDIA SEGURIDAD DE
BARRANQUILLA - EL BOSQUE

Director del Taller
Isaac Nieto Mendoza

BIOGRAFÍA

Mauricio Aparicio Román



En el amanecer del mes de marzo de 1965, en Bogotá, nació Mauricio Aparicio Román en una familia popular de un tradicional barrio de la ciudad. Desde sus primeros pasos académicos mostró su gran potencial y al llegar al bachillerato le fue otorgada una beca para sus estudios.

En la educación superior se inclinó por el área de las finanzas y la economía. Ya graduado y realizando la maestría, se inclinó por llegar a las zonas vulnerables y dar su cátedra. Con la visión de buscar potenciales donde difícilmente llega la educación, emprendió ese difícil camino, pero no imposible. Creó una fundación llamada Camino al Éxito, sin ánimo de lucro, que empezó a recibir aportes de diferentes sectores financieros.

En el año 2015, la fundación Camino al Éxito había logrado graduar en economía a treinta y siete personas que pertenecían al estrato 1, pero querían tener un mejor futuro y con gran esfuerzo lograron esa meta. A mediados del 2018, por situaciones adversas, se privó de la libertad a Mauricio Aparicio Román, líder de la fundación, quien había recibido unos aportes en cheque de unos donantes que estaban siendo investigados por enriquecimiento ilícito.

En el momento de realizar esta biografía, Mauricio Aparicio Román lleva privado de la libertad cinco años y cuatro meses. A pesar del gran interés por querer limpiar su nombre y el de la fundación, esto le ha sido imposible, puesto que había firmado unos documentos al recibir la donación.

Por su resocialización en la penitenciaría El Bosque, más el tiempo físico, en julio de 2024 solicitará su cambio de prisión intramural por prisión domiciliaria, beneficio administrativo a que tendrá derecho en dicha fecha por tiempo cumplido.

Frase escrita entre rejas: “Me cortaron las alas, pero mi mente vuela más allá de estos muros”.

TRISTE ENCIERRO

Álvaro Arrieta



Al cementerio de los vivos, la sociedad me desterró.
En el baúl de los olvidos yace mi nombre y mi valor,
porque las normas he incumplido y un juez no tuvo compasión.
Para la sociedad soy un peligro y a resocializarme me mandó.
Cuando escuché la sentencia, en silencio quedé yo,
terminaba aquella audiencia y mi madre me abrazó.
Lágrimas corrían por su rostro y vi tristeza en su expresión:
—Hijo mío, cuídate mucho. Encomiéndate al creador.
Madre de mi alma, no te preocupes que muy bien estaré yo.
No escuches noticias en la radio ni las veas en televisión.
Después de aquel fuerte abrazo, un custodio me esposó;
me trajeron a esta cárcel y desde entonces aquí estoy.
Ocho años ya han pasado sobreviviendo en este infierno.
Sin amigos. Sin familia. Mucha hambre. Poco dinero.
En una celda oscura y fría, mi juventud se va escurriendo,
me da fuerza una hija que ha nacido en este encierro.
El rechazo es la rutina hacia muchos que estamos presos.
Casi nunca me visitan, y muchos tíos y primos tengo.
Tal vez pensarán que verme es una pérdida de tiempo:
habrá más cosas importantes que venir a hablar con reos.

MI VIDA ACOMPAÑADA DE LA TRISTEZA

Manuel Jesús Payares Artunduaga



Yo siempre llevé hasta cierto tiempo una vida llena de muchas alegrías, sintiéndome orgulloso de mí mismo, porque siempre brindé lo mejor de mí, mucho afecto y comprensión. Siempre ayudaba al que no tenía; a pesar de todo, todavía lo hago. Pero al caer en este lugar, mi vida cambió. Ya no soy el mismo, este lugar me ha cambiado hasta la forma de pensar, hasta los sentimientos. Los miles de amigos que tenía, ya no los tengo. Me han quedado pocos.

Lo único que me queda es la fe en Dios y en mi familia que nunca me abandona...

Cuando llegué a este lugar, perdí hasta las ganas de vivir, lo único que quería era no seguir luchando. Y lo que más quería era quitarme la vida. Ya la vida para mí no tenía importancia. Hoy me avergüenzo de mí mismo, ya que siempre fui un ejemplo a seguir para mi familia. Hoy en día siento que me miran como un mal ejemplo para la sociedad. Aunque Dios sabe que siempre llevé una vida sana, llena de alegría, y que si hoy estoy aquí es por ser una persona que confiaba demasiado en los amigos sin saber qué clase de intención llevaban para engañar.

Por mucho que en este lugar he realizado cursos, y a la vez me encuentro como monitor, como docente de las ppl (personas privadas de la libertad) en este establecimiento, ya que es mi profesión, con una experiencia de veinticinco años educando a jóvenes, niños y adultos, siempre estoy triste y arrepentido y a su vez avergonzado de mí porque es la primera vez que me encuentro en un problema judicial. Y para mí no ha sido fácil, ya que en este lugar lo único que me queda es relacionarme con toda clase

de personas que han cometido distintos delitos, y en ocasiones se levantan malhumorados y lo que menos quieren es que los miren.

Muchas veces es tan difícil acostumbrarse a este lugar, llevar este estilo de vida donde se ve el maltrato físico y verbal de muchas ppl; soportar al vivo (el que te presta y no te paga) y el vicio, que es lo que más abunda en este lugar. Aunque yo no consumo ninguna clase de droga, está el que consume a tu lado y no es posible siquiera pedir respeto. Esto me ha convertido en un fumador pasivo. Hay que soportar al envidioso, levantarse todos los días a las 5:00 a.m. para bañarse, hacer las contadas todos los días, hacer esas largas filas para recibir los alimentos (tan poquito, que parecen para un niño de cinco años de edad, y sin sabor).

Siempre que estoy en la fila me pongo a pensar y me lleno de sentimiento; me confundo y me llegan los recuerdos de cuando disfrutaba de una buena vida al lado de mi familia, cuando trabajaba como docente o atendía mi puesto de comidas rápidas. Todos esos recuerdos me dan mucha nostalgia y es cuando deseo no seguir viviendo. Morirme para que se acabe esta odisea que ha marcado toda mi vida, porque para mí esto es una odisea, una de las peores tragedias que he podido vivir. Tanta es la decepción que me da este lugar, que lo que más deseo es que se cayera y muriera para no saber más nada de este proceso, y a la vez pienso en mi familia, en mi hermana y mis sobrinos que son mi mayor fortaleza para vivir y seguir luchando, porque pienso en el sufrimiento que le ocasionaría a mi familia. Toda esta fortaleza es la que me ha ayudado, y pedirle perdón a Dios y arrepentirme de este mal pensamiento.

El mejor día es cuando llega el momento de la visita, son las mejores bendiciones para todo ppl. Como dicen aquí: la visita es la moral de todo ppl, ya que se dan encuentros entre padres e hijos, hermanos, sobrinos y esposos. Y cuando se acaban las visitas, volvemos a la realidad de la vida: quedo triste y pensativo. Y al levantarnos, al abrir nuestros ojos, ver esas cuatro paredes nuevamente, las rejas y los candados, y ver a los guardianes vestidos de azul. Al ver a los demás compañeros es cuando vuelve la cruda realidad: eres un ppl.

Aunque disfrute de algunos momentos, siempre me acompaña la tristeza que es mi gran compañía y no se aparta de mi lado, porque siempre estoy solo y triste pensando en mi libertad y en volver a ser el de antes, lleno de muchas ilusiones. A veces llego a pensar que esto es una pesadilla, que sé que algún día voy a despertar y voy a estar con mi familia brindándole todo el amor que tengo guardado, y el que ellos tienen para mí. Porque

no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Y sé que de esto voy a salir. Lo único que me queda es aferrarme a Dios y tener mucha fe, sé que él todo lo puede. Y toda esta desgracia se la debo a la confianza que deposité en una amiga que me utilizó para hacer unos cobros mal habidos que ella dirigía con otros señores, haciendo llamadas extorsivas, utilizando personas para que cobraran, y dentro de esas personas estaba yo, que sin saber de dónde venían esos dineros fue lo único que hice, mas nunca participé en grupos ni pandillas y mucho menos en quitarle la vida a nadie, ni maltratar a nadie para obtener dinero.

De El Triste con muchas ilusiones...

FAMILIA

John Freddy Alfonso Díaz



Son la fuerza, día a día,
aunque la distancia nos separe,
mis hijos y su madre son mi gran
ilusión para salir de este sitio.
Los anhele con gran amor,
imagino día a día ese gran
abrazo que nos daremos
fuera de esta prisión.

LIBERTAD

Ruddy Zambrano



Latidos de emoción e
ilusión al saber que llega
la buena noticia
de mi esperada libertad,
la cual regocijará mi vida
tremendamente y me llenará
de alegría incesable
ese gran
día.

BELLO, ANTIOQUIA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE BELLO - BELLAVISTA

Directora del Taller
Yessica Paola Ruiz Chica

MAMÁ, ¿DÓNDE ESTÁN MIS JUGUETES?

William Mauricio Goetz Franco



Mi infancia fue muy humilde pero muy feliz; aunque a veces triste por la situación económica. Recuerdo una navidad en la que no tenía ropa nueva que ponerme; me decía mi madre cuando me veía triste que le diera gracias a Dios por la salud, que eso no era motivo para estar triste, pero yo no lo entendía.

Era un 24 de diciembre, todos mis vecinos estaban afuera en la calle con sus juguetes y yo los veía a todos jugando felices; pensé en un momento en ir a mi casa y a las 12:00, cuando llegaba el niño Dios, busqué debajo de mi cama... debajo de la almohada, a ver si el niño Dios me daba una sorpresa y ese año sí me regalaba algo para jugar. Ese día busqué por todos lados, y sí, me llevé la sorpresa...

Que no encontré nada, como todos los años.

CARTA DE NAVIDAD

Gastón Ricardo Toro Rúa



Como todos los años, mamá nos daba las pautas para hacer la carta al niño Dios, para ponerlas en el árbol de navidad. Tan solo tenía seis años y empezaba a garabatear mis primeras letras; aun así, quería hacer la carta.

¿Qué quieres para este año? Ummm, bicicleta, carros, muñecos del hombre araña, más juguetes, la verdad yo todo eso lo tenía; sin embargo, había un deseo, un único deseo que quería y que sería un gran reto para el niño Dios.

Año tras año pedía el deseo, pero el niño Dios no me lo concedía. Poco a poco dejé de creer en el niño Dios y pensé que eso eran cosas de la niñez que se pierden al convertirnos en adultos; y nos dejamos envolver por el afán del mundo, echando a un lado la inocencia.

Han pasado cuarenta años desde que escribí mi primera carta al niño Dios. Miro el árbol de navidad que está en la sala y allí la carta al niño Dios de mi pequeño hijo Juan Diego, quien con tan solo seis años garabatea su gran deseo —un balón de fútbol para jugar con su papá—.

Muy temprano me despierto al siguiente día para ir a trabajar; mientras me afeito recuerdo la carta de mi hijo y su deseo, termino de arreglarme y me siento a desayunar con mi pequeño y mi esposa.

Camino al trabajo, me sumerjo en letreros y ofertas de navidad que me embelesan seduciéndome y haciéndome perder la noción del tiempo y del espacio. Veo el balón ideal para Juan Diego y sin pensarlo cruzo la calle... Tan solo recuerdo un chillido de llantas.

Abro mis ojos, no puedo mover mi cuerpo, escucho el llanto de mis seres queridos, que se entremezcla con los sonidos de las máquinas a las

que estoy conectado, aún no logro entender lo que pasa a través de la ventana de cristal que separa la habitación donde estoy del puesto de enfermeras. Veo a mi pequeño Juan Diego, quien me mira con tristeza mientras su madre lo trata de consolar. Siento esa tristeza, siento que le he fallado a mi pequeño, siento que la vida no es justa, que mi familia no es culpable de mis errores y distracciones.

En medio de tanta culpa, pude ver por encima del hombro de mi esposa un árbol de navidad y entre sus ramas una carta. Recordé entonces mi carta de navidad, mi deseo, y curiosamente al lado de mi hijo pude ver la imagen de la abuela Tulia, quien había fallecido cuarenta y dos años atrás. Al fin mi deseo de navidad, de volverla a ver, se había cumplido. Emocionado traté de levantar mis brazos y extenderlos hacia ella, pero no pude. Segundos más tarde desperté y allí encontré, a mi lado en la habitación hospitalaria, a mi familia y a mi pequeño Juan Diego. En su mano, su carta de navidad.

¿FELIZ NAVIDAD?

Leandro Alberto Jaramillo Silva



¡Navidad triste!
¡Navidad vacía!

No todos son felices
No todo es alegría
Recuerdos afloran en la mente
de aquellos con un pasado en agonía.

¡Unos con su madre!
¡Otros en familia!
Unos que entre lágrimas detestan estos días.

La tristeza de estos días
muy pocos la entenderán
Lágrimas que caen y humedecen
por aquellos que hoy no están.

NACER PARA MORIR

Luis Carlos López Muñoz



¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Yo no pedí nacer

Yo no sé vivir

Yo no quiero morir

Una luz fuerte me lastima los ojos, los cierro y... se escucha un grito...

—¡Este niño acaba de morir!

—Yo voy a buscar un ataúd —¡gritan!

Llega el médico y me mueve poniéndome boca abajo, coloca su estetoscopio, ¡en realidad está muerto! Otra vez el mismo grito, ¡se murió!

Una voz pregunta por un espejo.

—¿Quién tiene un espejo?

Lo pone cerca de mi nariz y dice:

—Todavía respira. Está vivo. —Otra vez la misma voz y otro grito:

— Llamen a Antonio que no compre nada el cofre. —Es mi madre, que llorando se alegra de mi resurrección.

Hoy, después de sesenta y cinco años, sigue preguntando por mí, por su hijo, que está privado de la libertad.

NACIMIENTO EN DESESPERO

Johnatan Alexander Marín Duque



—Jorge... negro... ¡auxilio!; ya no aguanto más

—Mija, tranquila, respire lento, trate de estar tranquila.

Consuelo, en medio de sus dolores, sus miedos y sin saber a ciencia cierta cómo transcurrirían las siguientes horas, toma un bolso que ha estado preparando durante los últimos meses y un sobre de papel en el que guarda los documentos que ella considera importantes para el momento que está a punto de vivir.

Jorge, en medio de sus nervios, corre de un lado para otro, agarrando todo lo que él cree que puede necesitar, dejando que el susto y la emoción sean quienes decidan hacia dónde ir, y a qué velocidad debe realizar sus movimientos.

—Mija, ya tengo la billetera, licencia de conducción, y le llevo hasta un tarro de agua helada por si le da sed.

—¿Para qué? ¡Jorge, por Dios! ¿Para qué vas a llevar agua? Más fácil movete que ese muchacho ya se va a venir.

Deprisa llegan a la Unidad Intermedia de Castilla, a las 4:30 de la tarde.

—Siga, muchacha, ya la van a atender —dice el vigilante.

—¡Eh, ave María! Jorge, yo no sabía que esto era tan berraco; si hubiera sabido, no me monto en esta vaca loca tan brava.

—Mija, ya esperamos lo más, pues ahora esperemos lo menos. —Y así van pasando los minutos y las horas; el dolor y el nerviosismo aumentan conforme el aire sale y vuelve a entrar a sus pulmones. Cada parpadeo hace suponer que este suplicio no tendrá fin.

—¿Jorge, nos vas a dejar solos? —dice Consuelo mientras mira como pidiendo compasión.

—¡Nunca en la vida mi amor... nunca en la vida!

2:05 a.m. del domingo 8 de febrero de 1988, se escucha un grito seco que sobresale entre los demás gemidos de dolor e inmediatamente se escucha el llanto de un bebé, que por primera vez abre los ojos a un montón de desconocidos, por primera vez siente ese abrazo de ese ser tan grande, al que tiempo después le dirá “mamá”.

BOGOTÁ, CUNDINAMARCA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA CON ALTA Y MEDIA
SEGURIDAD PARA MUJERES DE BOGOTÁ

Director del taller
Yeiron Valencia Agudelo

PRIMER AMOR

Milena Ortiz González



Ana Milena, con doce años, entró al colegio a cursar cuarto grado de primaria. Era el verano de 2004. Una vez en el colegio, en la hora de descanso, la invitaron a un juego de chicos donde Milena conoció a David, y quedaron ambos en contacto desde entonces. Una vez en la casa, Milena le contó a su madre que había conocido a un chico de quince años, tres años mayor que ella, y le manifestó el interés en tener una relación con el chico. La madre accedió y desde entonces iniciaron una relación de amor.

Además del colegio, cada domingo Milena y David compartían el gusto del fútbol, iban juntos a jugar y así ambos fueron dejando crecer un amor inocente y adolescente. Y de esta manera, los dos jóvenes ajustaron dos años de noviazgo, Milena ya estaba punto de cumplir los quince años.

Un día, repentinamente, el padre de Milena llegó a casa después de salir de prisión por una condena de ocho años. El mismo día el padre se enteró del noviazgo entre los dos jóvenes, lo cual no le entró en gracia, Milena intentó explicar, pero toda explicación fue insuficiente, al punto de que el joven David tuvo que salir de inmediato de la casa de su novia, lo cual, desde entonces, marcó un devenir muy difícil para la pareja.

Gilberto, el padre, al mirar el exceso de libertad que la madre le había dado a su hija, decidió poner la casa en orden; le prohibió a su hija la relación de noviazgo con David y le restringió las salidas y el libertinaje en el que esta andaba.

El conflicto de la adolescente Milena fue todo un trauma para ella, ya que el padre estaba realmente dispuesto a hacer lo necesario para imponer disciplina en su hogar; por tal razón decidió junto con su esposa hacer un cambio de vecindario, de lo que la adolescente no se enteró hasta una tarde después de regresar del colegio, cuando encontró toda su ropa y pertenencias empacadas entre cajas y la familia dispuesta a partir. Sin pensarlo,

Milena salió en busca de David para despedirse, ya que no sabía cuándo volvería a verlo, pero nunca lo encontró. De esta manera, pasó el tiempo.

Meses después Milena encontró la manera de hacerle llegar un mensaje a través de un familiar y así acordaron una cita con toda la prudencia para no llegar a ser descubiertos por el padre. Milena feliz porque David aún no la olvidaba y quería verla, entonces preparaba todo para el día del encuentro.

La noche antes del encuentro, David salió a una fiesta de tragos con sus amigos; al terminar la fiesta, camino a su casa, los embriagados fueron detenidos por el ejército y, sin más, se armó un enfrentamiento entre los jóvenes y los uniformados. David, en la trifulca, se puso en medio del ataque a sus compañeros y, sin mediar palabra, uno de los uniformados sacó su arma y le disparó a la cabeza causándole la muerte de manera súbita.

Al amanecer, Milena, muy emocionada, despertó y no veía la hora de que llegara la tarde para su cita de amor, que debía concretarse con una llamada. De repente sonó el teléfono, era su celestina; sin embargo, como se encontraba toda la familia, Milena contestó muy insegura, pero la voz de la sobrina, bastante alterada, le dio la triste noticia de la muerte de David.

En ese momento Milena sintió que su vida se derrumbaba; el padre, al enterarse de la noticia, le reprochó por llorar y se regocijó por la muerte del joven. Tal crueldad desató en Milena una ira tan grande que la arrojó al desenfreno: días de alcohol, fiestas y drogas.

Así transcurrió largo tiempo, hasta que la vida de Milena se vio envuelta en medio de la delincuencia, a punto de terminar detenida purgando cuatro años de cárcel. En el encierro, logró encontrarse consigo misma, reorientar las decisiones que deseaba tomar en adelante, entre ellas, reflexionar sobre el perdón, lo que la hizo acercarse a su padre para darle el perdón que principalmente terminó sanándola a ella y reconciliándola con su familia.

MI HISTORIA

Yuri Carolina Grosso



Así comienza mi historia. Tengo actualmente treinta y ocho años y estoy recluida en la cárcel El Buen Pastor. Mi vida empieza a los once años cuando mi padre, conocedor de las drogas, intentó abusar sexualmente de mí. Mi padre y mi madre eran drogadictos y alcohólicos. Así que yo decidí huir de la casa. En la calle unos amigos me presentaron a un hombre mayor que yo siete años; este hombre me dio muy buen trato, me consentía. Hasta que me enamoré.

Él vivía en el centro de Bogotá, y allí nos fuimos a vivir juntos, y fue con él que conocí lo peor de las calles y las drogas. Nunca pensé que este mundo fuera tan cruel. El hombre que yo amaba me maltrataba y me prostituía para conseguir las drogas que necesitaba. Así viví con él muchos años hasta que quedé en embarazo de mi primer hijo, Jhon. En ese momento yo ya estaba muy involucrada en las drogas; tuve dos hijos más y ya que estaba en medio de una perdición completa con mi vida decidí ir y dejarle mis hijos a mi madre.

Con el tiempo a mi pareja la mataron y me refugié mucho más en las drogas y andaba en el mundo más infrahumano, hasta que terminé en el Bronx. Allí viví dieciséis años de mi vida hasta que lo desmantelaron y me tocó salir de allí y volver al mundo real.

Decido no contaminar más mi vida y busco ayuda, así es como llego a un centro de rehabilitación y me interno. Poco a poco empiezo a recuperar la relación con mis hijos.

Después de salir del centro de rehabilitación, en una revisión rutinaria de la policía, me piden mi identificación y me notifican que tengo una circular roja con orden de captura por tenencia de drogas. Desde entonces

Llevo tres años presa, continúo mi proceso de rehabilitación, con muchas ganas de salir pronto para poder recuperar mi vida, volver a ver a mis hijos y ser una mejor persona.

MALTRATOS

Yeimi Torres Abril



Esta es mi historia de vida, que empieza desde que tengo conciencia, a los diez años.

Mi papá se alcoholizaba permanentemente y nos maltrataba tanto a mis cuatro hermanos como a mí. Mi madre decidió separarse, pero las cosas no mejoraron; si antes estaba mal la situación, luego la vida se convirtió en un verdadero calvario. A mis tres hermanos menores se los llevó Bienestar Familiar a sus siete, nueve y diez años, aproximadamente. A medida que fueron saliendo, cada uno fue tomando un rumbo. La mayor, Laura, al salir conoció a un hombre y se casó; sin embargo, no tengo ningún contacto con ella. El menor, Michael, salió y terminó en las calles convertido en un drogadicto. Mi hermano Wilson, el mayor, quien quedó solo por fuera, debió trabajar desde los siete años para sobrevivir y hoy en día está completamente entregado al alcohol con un hogar fracasado, y finalmente mi hermano Jhon, que fue el último en salir de Bienestar Familiar, también terminó preso de la drogadicción y el alcohol; pese a eso, es el único que expresa un interés por mí, con quien mantengo el único lazo familiar, está pendiente de mí y con él estoy completamente unida.

Por mi parte, por situaciones de la vida, no fui recluida en el Bienestar Familiar, porque en ese entonces, a los trece años, un hombre de treinta y cinco años me llevó con él y me convirtió en su esposa. Tuvimos un hijo y una vida linda y buena durante siete años hasta que conoció las drogas y terminó preso del bazuco.

Con la drogadicción todo empezó a cambiar; me pegaba diariamente, me insultaba, me celaba, me dejaba encerrada con candado en mi casa junto con mi primer hijo, Jordy, que nació en el 2013, siempre vigilada por una malandra del barrio, a quien le pagaba para que no me dejara salir de la casa. Cada tarde terminaba de trabajar a las 5:00 p.m., y yo entraba en

pánico porque sabía que llegaba el peor momento de mi día. En el 2015 nació mi segunda hija, Magally, pero nada cambió; por el contrario, todo cada vez fue peor, hasta el punto de amenazarme permanentemente con un cuchillo para matarnos si yo me atrevía a dejarlo o ponía en conocimiento de las autoridades nuestra situación.

En el 2021, mientras mi hermano me visitaba, mi esposo llegó bastante alterado a la casa porque no encontraba bazuco. En medio de su ansiedad me golpeó fuertemente, entonces entró en disputa con mi hermano y este, al verme toda golpeada, llena de sangre, buscó defenderme de sus golpes y entre el forcejeo mi hermano terminó quitándole la vida a mi esposo, lo que llevó a que mi hermano fuera privado de la libertad.

Para poder sobrevivir y darles comida a mis hijos, y sin saber hacer mayor cosa, tomé una mala decisión, me involucré en la venta de bazuco hasta que fui detenida.

LOS CAMINOS DE DIOS

Sindi Durán Garzón



Hasta mis nueve años viví una niñez muy bonita. Mis padres me brindaban mucho amor, en especial mi padre; mi madre era una trabajadora incansable y mi padre igual, pero con más entrega para compartir tiempo con sus hijos, mi hermano Juan y yo, Sindy.

Un día, bajo extrañas circunstancias, a mi padre Rafael lo asesinaron de seis tiros en la cabeza.

Mi madre, Gladys Garzón, después de que mi padre falleció decidió abandonarnos, dejándonos a nuestra suerte. Juan, que era el mayor, y yo, apenas una adolescente, debimos resolverlo solos. Mi hermano se puso al frente de la responsabilidad económica de los dos. Un día Juan fue diagnosticado con cáncer y en muy corto tiempo y a sus apenas veintitrés años murió. En ese momento mi vida cambió por completo, mucho más de lo que me llegué a imaginar. Sentí que no podía seguir adelante, él era mi padre, mi madre, pero me tocó salir a las calles a trabajar. Sentía mucha rabia con el mundo, no respetaba a nadie.

Al poco tiempo de la muerte de mi hermano, mi madre regresó a la casa, pero esta vez con una nueva pareja, un señor llamado Jesús. La vida fue horrible y viví con ellos hasta que un día Jesús intentó violarme. Entonces salí de la casa y decidí irme a vivir con mi novio Leonardo, quien era todo mi apoyo.

Al corto tiempo quedé embarazada de mi hijo mayor, Julián, y al poco tiempo volví a quedar embarazada. Mientras transcurría el embarazo descubrí que mi pareja era consumidor de bazuco y pegante, lo cual generó una fuerte discusión entre los dos, a tal punto que fui llevada a urgencias del hospital Simón Bolívar y después de diecisiete días de estar en cuidados intensivos perdí a mi bebé.

Al salir regresé a vivir con Leonardo, con la firme esperanza de que cambiara y abandonara las drogas; sin embargo, nada de eso pasó, todo fue peor: pasé días con hambre, golpeada, hasta que quedé embarazada de mi tercera hija, Paula, momento en el que decidí separarme de Leonardo y sin más a quién acudir cometí el gran error de decirle a mi madre. Ella, sin decirme nada, llamó a Bienestar Familiar para que me quitara a mis hijos, en razón de que estaba desempleada y no tenía cómo mantenerlos. Sin embargo, con la ayuda de una fundación de Ciudad Bolívar logré terminar allí mi embarazo y mantener la custodia de mis hijos.

Con el tiempo conocí a Sneider, con quien decidí tener una relación, y quedé embarazada de mi cuarto hijo. A los ocho días de nacido, mataron al papá y quedé nuevamente sola, dedicada a trabajar duro para sacar adelante a mis hijos.

Dos años después, conocí a Andrés, con quien decidí intentar de nuevo una vida de pareja. Llevamos una vida sencilla pero tranquila durante seis años, hasta el día en que él se robó los espejos de un carro. Ese día nos capturaron a los dos, ya que estábamos juntos; a mí me dejaron libre, pero a él lo dejaron detenido. Desde entonces, con mi trabajo, decidí ayudarlo económicamente hasta que me enteré de que me era infiel y otra mujer lo visitaba en el penal, lo que me llevó a una ruptura.

Quedé sola con mis hijos, y seguí adelante, pero sin esperarlo llegó a mi vida un hombre de dios llamado Ismael, un hombre que cambió mi vida por completo; iniciamos una relación muy bonita, pero inesperadamente, por los hechos del robo del espejo, llegó una orden de captura en mi contra, lo que me tiene en este momento en la cárcel.

Mi esposo Ismael cuidó de mis hijos menores, pero ya con el tiempo, tal vez cansado de esperar, le entregó mis hijos a mi madre y a la abuela paterna, aunque no ha dejado de colaborar. Actualmente mi hijo mayor trabaja para ayudar con el cuidado de sus hermanos, Ismael me sigue ayudando y yo sigo con la esperanza en Dios de salir de la cárcel para rehacer mi vida.

AMOR DE UN HOMBRE MAYOR

Sindi Durán Garzón



Desde pequeña fui una niña consentida por mis padres. Nunca me faltó nada en mi casa; lo tuve todo, una buena vida, un buen colegio, y desde luego saqué las mejores calificaciones, siempre salí con mención de honor en mis estudios. Era el gran orgullo de la familia, ya que son familias chapadas a la antigua. Crecí bajo un mundo de muchas condiciones, pero llena de todos los gustos que yo quisiera.

A pesar de las comodidades, decidí irme de casa, quería conocer el mundo, explorar, disfrutar cosas que no podía estando con mi familia, y así fue como conocí a mi primer novio y me independicé. Así, siendo muy joven todavía, unos diecisiete años, encontré mi primer trabajo y un novio con el que empecé a explorar el mundo y abandoné mis estudios. Al poco tiempo quedé embarazada, tuve una niña que cambió mi vida y me concentré en trabajar para ser una gran madre; sin embargo, pasado un año volví a quedar embarazada, esta vez de un hermoso niño. Con mucho esfuerzo seguí trabajando y continué estudiando hasta hacerme profesional en sistemas. La relación amorosa ya había terminado, y sola debí continuar luchando por mis hijos y tratando de salir adelante.

De esta manera logré surgir, compré una carnicería y un bar, y trabajaba fuerte para sacar adelante los negocios. Mi madre y mi hermana eran el más grande apoyo para mis hijos, quienes eran los nuevos consentidos.

De esta manera, mis hijos crecieron y se hicieron profesionales, uno como ingeniero ambiental y la otra como auxiliar administrativa, pero como todo no es perfecto, fui detenida por supuesto tráfico y distribución de drogas, ya que fui confundida con otra persona que al parecer se

dedicaba a esto. Así, mi vida cambió por completo en la cárcel; conocí un mundo que desconocía, aprendí el valor de la vida, de las cosas sencillas, pero principalmente de la libertad.

BOGOTÁ, CUNDINAMARCA



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE BOGOTÁ - LA MODELO

Director del taller
Leandro Barragán

FESTINES DE ALGARABÍA

Fredy Camargo



El ultrajar a los amigos y mirarlos a la cara, de frente, no puede ser signo de firmeza, ni de valor, es una desvergüenza, al diferir con altivez, al imponer el derecho de hacerse acreedor a un castigo, en la esbeltez y estética de la injusticia, atreviéndose a cometer cualquier cantidad de infamias, sopor-tadas en alardear elocuencia, no gozando de la aquiescencia al ocultar el propósito, deponiendo nuestra cólera para al fin de cuentas lograr ganancia.

Martha Adriana, con ebriedad jactanciosa posaba mentalmente de dos atributos, ser designada por Arturo como la abogada de los capturados y tener ya la solución al problema jurídico, generando una línea de defensa, en la realidad de la actitud de yugo nupcial del tálamo, ubicando a los organismos representados en su real dimensión.

Moverse entre los festines de la algarabía lujuriosa de la disidencia y la pomposidad de la hipocresía de la Fiscalía, las dos hostiles, afables y peligrosas, que desencadenarían en el rigor del silencio que describe la noticia de las dos orillas.

LAS VENTANAS

William Cristancho

(Fragmento de una crónica más amplia)



I

Nunca me detuve a pensar en las formas y la cantidad de veces que estuve mirando a través de una ventana.

En mi vida observé detrás de muchos cristales, y con los más variados escenarios. En mi residencia los cristales son del mismo tamaño de las paredes; sentado en mi cómoda poltrona me ensimismaba viendo el centro de la ciudad, era habitual ver el tráfico caótico, los caminantes despreocupados, los vendedores ambulantes y el sinfín de situaciones a las que pueden dar lugar las ciudades.

Igual pasaba cuando observaba por la ventana de la casa de campo, donde disfrutaba el trinar de los pájaros y me deleitaba con un horizonte reverdecido por árboles de todos los tamaños, que danzaban al ritmo del viento. Ese inigualable y delicioso olor y sabor a campo. Nunca atesoré esos momentos, jamás pensé en echarlos de menos. Hoy, como nunca, extraño esos días, puesto que para ese entonces mi prioridad era el trabajo y el bienestar de mi familia.

Hoy en día extraño esas ventanas, que podía abrir y cerrar a voluntad.

La ventana que hoy tengo ante mí no tiene vidrios, tampoco tiene madera. Veo la cuadrícula de barrotes, en los cuales pongo ambas manos y, por más que trato de mirar a lo lejos, intentando recordar cómo es la ciudad, me es imposible, solo veo el espejo de una fachada igual a la mía, con la misma alineación de ventanas, con los mismos hierros entretejidos coartando la libertad, hasta la del más mínimo pensamiento.

Desde aquí logró ver el paso de los condenados, mis vecinos del pabellón del frente, que se mueven de un lado para otro, llevando a cuestas la miseria, el desprecio que nos endilga la sociedad y, a veces, el de la misma familia.

2

Van ocho años en este encierro. Aún no sé en cuánto tiempo podré estar de regreso en casa.

Con el propósito de acelerar el paso del tiempo, siempre intenté mantener la mente ocupada en algo, leía libros, descubrí este bello y edificante placer, llenaba crucigramas y sudokus. El día que no tenía nada para leer, sentía que me iba a volver loco; los días eran eternos, la pensadera, la ansiedad, la incertidumbre, la suma de todo esto no me permitía dormir bien. A lo que se sumó que la mala calidad y cantidad de comida me estaba pasando factura, en los primeros seis meses bajé casi once kilogramos, había llegado pesando ochenta y cinco.

Así que, desde que llegué a este panóptico, me postulé como estudiante y lo hice con el fin de lograr redención de pena, pues por estudiar puedo rebajar hasta tres meses de condena al año. Estudié durante medio año un curso denominado Microempresas, el profesor era otro interno, un señor llamado Carlos Durán, santandereano, buena persona, bastante inteligente. El señor Durán había tenido un problema administrativo con Ecopetrol, estuvo preso casi seis años. Cuando llegó aquí ya era diabético y aquí empeoró mucho su salud; además de perder la libertad, también perdió muchos de sus bienes por extinción de dominio y aún más en abogados. Perdió a su esposa, quien en el primer año sagradamente lo visitaba cada ocho días; después vinieron las ausencias, llegaron las excusas y después sobrevino el divorcio.

Los días de visita, desde muy temprano, los que esperábamos la visita familiar o conyugal nos poníamos nuestras mejores galas; pasadas las once de la mañana, se sabía que no ingresaban más visitas. Don Durán era el último en el patio, aún abrazaba la esperanza de que lo llamaran por el parlante avisando que tenía visita, pero nadie volvió. Así se fue apagando la luz de un ser brillante: con el paso del tiempo ya no se afeitaba; la barba larga, canosa y desaliñada, su figura mórbida, la ropa sucia y el caminar arrasando los pies le daban un aspecto de indignancia. Con creces descubrió el

peso de su error, fueron seis años de lucha para recuperar la libertad por pena cumplida y, por causa de la diabetes que padecía, perdió la visión de uno de sus ojos. El ocaso de don Durán significó el cierre de las clases de Microempresas y Emprendimiento.

Un año después, en una convocatoria para monitores educativos, me postulé. El único requisito para aplicar era tener mínimo el diploma de bachiller; allí se logra redimir hasta cinco meses al año, es uno de los mejores descuentos que se les da a los internos. Inicialmente me tocó trabajar con la comunidad terapéutica, la cual tiene allí una condición especial, son personas que quieren dejar atrás el consumo de sustancias psicoactivas. Con ellos hice las veces de facilitador y alfabetizaba, puesto que había personas que no sabían leer ni escribir y, por increíble que parezca, llegué a sentir pasión por lo que hacía, me daba mucha alegría cuando mis ocho alumnos me traían las tareas que les dejaba el día anterior; tenían que colorear mandalas, hacer planas con vocales y números, tareas de caligrafía para que fueran soltando la mano, y siempre manifestaban esfuerzo por aprender.

Fueron ocho meses, todos los días, de lunes a viernes. Cuando ya medio aprendían a garabatear en el cuaderno y en el tablero sus nombres, el nombre de sus padres, hermanos, esposas o hijos, o cuando sabían hacer operaciones básicas de matemáticas, se les podía ver en la cara la satisfacción. Nunca faltaron los abrazos y los estrechones de manos en señal de agradecimiento; eso me alegraba el corazón, no podía ocultar esa alegría que sentía, y cuando veían en mí los ojos aguados, estallaban de risa, esa fue una muy bonita y gratificante experiencia.

Recuerdo con mucho aprecio a Juan Carlos Abadía, de treinta y seis años, oriundo de la ciudad de Bucaramanga. Me decía que quería aprender a leer y escribir, necesitaba que su señora madre pudiera ver el cambio y pudiera estar orgullosa de él. Desde muy niño estuvo en la calle, nunca conoció a su padre, quien los abandonó cuando él apenas tenía pocos meses de nacido. Su padrastro, quien era consumidor de droga y vivía del robo de apartamentos y el atraco callejero, le enseñó la misma profesión. Un buen día estando en el parque del barrio Santa Fe, en la ciudad de Bogotá, y con la gallada de amigos, el padrastro lo alcanzó a ver fumando bazuco, le llegó y lo agarró a golpes. Así, a sus doce años tuvo que enfrentar la vida de manera abrupta; ese día decidió irse de la casa, estaba cansado del maltrato al que estaban sometidos él y su madre. Ella no tuvo el valor de abandonar a su compañero.

Juan Carlos nunca tuvo la oportunidad de estudiar, me decía que su vida siempre había sido el robo y las drogas. Me contaba que después de tener una buena faena de robos y de vender las cosas a los reducidos del centro de la ciudad, se gastaba el dinero en drogas y prostitutas; fácilmente podía durar dos, tres y hasta cinco días encerrado en un hotelucho metiendo vicio, de donde lo expulsaban cuando se le acababan los recursos. Hoy en día está condenado por atracar a los pasajeros de un bus de servicio público en el sur de la ciudad. Aquí conoció la palabra y predica todos los días a la comunidad del pabellón 4, en el cual está recluso; recita de memoria pasajes de la Biblia.

3

Las paredes de mi celda están cuarteadas y llenas de humedad, por más que intento tenerlas limpias siempre persiste el ambiente oscuro, húmedo y sombrío. Estas paredes siempre fueron testigos mudos del dolor y de las lágrimas que, en silencio, derramé. Sé que muchos aquí también lo han hecho, en el mayor de los silencios, para que sus compañeros de celda no se enteren de esos momentos de liberación. Todos aquí intentamos tener una coraza, para demostrarle a los demás lo fuertes, malos y bandidos que podemos ser. Personalmente en mi vida he peleado siete veces y siete veces me han dado en la jeta, hace bastante tiempo supe que lo mío no era el boxeo; sin embargo, me tocó pararme duro y, por fortuna, nunca pasó a mayores.

Todas las noches me espera una colchoneta fría, las cobijas no logran retener algo de calorcito; esto me recuerda con su mudo lenguaje la inclemencia social y ambiental donde me encuentro. Motivado siempre, intenté estar muy activo, cosa que en la noche me pudiera dormir lo más temprano posible; en la convivencia diaria se gestan pequeñas batallas y, a veces, son por cosas ínfimas, por ejemplo, el hecho de evitar que se te vayan a colar en la fila para reclamar cualquiera de las tres comidas; con el solo intento de evitarlo te puedes estar ganando un enemigo o que te peguen un puntazo. En la gran mayoría de los patios muchos de los internos tienen chuzos o puñales hechizos, hechos con pedazos de hierros o con la punta de tenedores o cucharas que han sido afilados en el concreto. Son momentos donde toca sacar el valor para bravear, si no lo haces te cogen de huevón, todo esto siempre me causó mucha incertidumbre y mucho temor, esas situaciones siempre affigieron mi cuerpo y mi alma.

La mala alimentación, el estrés del día a día, las malas condiciones de salud, el hacinamiento, el hecho de no estar produciendo nada y de ser una carga para la familia. Peor aún, tener la ilusión de querer hablar con un familiar o un amigo, y que cuando llamas no te contesten, y bueno, uno abriga la esperanza de que en el próximo intento sí lo hagan, pero nuevamente nadie al otro lado de la línea. Ya uno lo sabe, la gente se cansa, muchos ya no te contestan, quieren romper con ese vínculo, de alguna forma se sienten comprometidos a enviarte dinero o algunos utensilios de aseo cada mes. Nunca les pedí nada y, sin embargo, fueron muchos los amigos y familiares que, poco a poco, se fueron alejando; nunca entendieron que solo buscaba fortalecer ese sentimiento de amistad, de poderlos escuchar y que hicieran lo mismo conmigo.

No poseer músculo financiero para poder subsistir aquí en la cárcel hace que la vida sea más complicada, aquí todo es extremadamente caro. Existe algo que se llama expendio, es lo más parecido a una tienda de barrio y son muchas las veces que toca pasar saliva cuando te antojas de un tinto, de una torta, de un pasabocas, de un buñuelo, de un paquete de papas o cualquier otra cosita. Hay compañeros que compran talegas llenas de cuanta chuchería existe allí, compran las pacas de gaseosas, cajas de café en sobrecitos, cajas de tinto, las cajas completas de galletas; a estos personajes les llaman las firmas. Son los que tienen dinero. En cambio, cuando uno tiene los medios, las compras son de una o dos gaseosas, un taco de galletas y cosas por el estilo, uno va preguntando en cuánto va la cuenta, obviamente eso es para no pasarse, los cincuenta mil siempre se quedan cortos.

Existen muchas formas de rebuscarse, la más común es lavar la ropa de otros internos: un jean o una sábana o cualquier prenda vale mil pesos o un cigarro, por una chaqueta dos mil, o una cobija por cinco mil pesos. Al principio lo intenté, pero a los pocos meses el dolor en las manos me obligó a dejar ese oficio; estuve por mucho tiempo recogiendo los alimentos a tres personas, era el trabajo todos los días, los tres alimentos diarios, con su respectiva lavada de ollas y platos, por varios años esa fue mi manera de trabajar y eso me generaba algo de dinero; igual, no alcanzaba para mayor cosa. La familia en algún momento y de manera emotiva se ofreció a consignarme cincuenta mil pesos mensualmente, y hubo muchos meses en que tocaba dejar las ganas de comprar para después, ya que esa consignación no llegaba. Siempre he comprendido que mi familia ha hecho un gran esfuerzo; ante la privación de libertad los gastos continuaron, mi abogado, en quién habíamos depositado toda nuestra fe y nuestros ahorros, nos fue

defraudando con el paso del tiempo. Muy tarde descubrimos la falta de ética y compromiso de este profesional; a mi esposa siempre le pedía más y más dinero, por cualquier trámite ante el juzgado.

4

Desde mi ventana logro ver a mis vecinos del patio 4, allí mal contados habrá seiscientos presos, y la gran mayoría son reincidentes. Las condiciones en las que viven superan la imaginación, por celda viven ocho personas cuando están habilitadas tan solo para cuatro. En el fondo del pasillo están amontonadas todas las colchonetas y en las noches las extienden a lo largo del pasillo; a esto se le llama dormir en carretera. Los nuevos que van llegando siempre tienen que dormir muy cerca de los baños que se encuentran al fondo, y a medida que pasa el tiempo, cuando algunos van saliendo en libertad por vencimiento de términos, permiso de setenta y dos horas, casa por cárcel o traslados, todos se reorganizan y van dejando la humedad y la inmundicia para los que acaban de arribar.

Toda esta vorágine de eventos que pueden suceder en un centro de reclusión no son más que una muestra de la naturaleza humana que se expresa de manera más auténtica cuando se priva de la libertad o se le somete a la presión de la violencia o el miedo. Fueron muchas las veces que pasé con mi carro por el frente de esta cárcel y jamás pensé que fuera a hacer parte de esta población carcelaria, y cuando veía noticias de situaciones que pasaban en el interior de la cárcel las ignoraba o simplemente me decía “bien merecido se lo tienen”. Hoy en día las ventanas por las que he visto la vida me permiten comprender que la libertad es frágil cuando los errores se encadenan, cuando la vida da giros, como este que me ha atado a un centro de reclusión. Es posible afirmar que la cárcel no es la única prisión que existe, sino que el miedo, los pensamientos de dolor, el rechazo social, la drogadicción y todos los huecos emocionales humanos constituyen celdas que degradan la libertad personal.

LECCIONES AL ATARDECER: SABIDURÍA ENTRE LAS OLAS

Edinson Angrino



Érase una vez un hermoso atardecer, cuando se veía al fondo el sol quemado de los venados, según la tradición de los abuelos. Ahí estaba yo, caminando con mis dos hijos al borde de la playa, donde la arena tibia se inquietaba únicamente a través del vaivén de las olas. Mis dos hijos pequeños, sorprendidos por el ruido que hacía cada ola al llegar a la orilla, y por ese viento que acariciaba nuestra piel. O cuando se escuchaba el trinar de las gaviotas, y estas revoloteaban encima y después iban a pescar, a consumir su alimento: el maná que les daba el mar.

Cuando todo esto pasaba, mis hijos me miraban y preguntaban por qué sucedía y por qué era esa la forma en que las gaviotas se comían los peces. Yo les comentaba que era parte del ciclo vital, el poder comer unos de otros, así como nosotros comíamos de las plantas o cualquier tubérculo para poder sobrevivir y vivir. Les expliqué que el mar es la fuente de la vida, donde todo surgió, donde el hombre creció. El agua, que representa la vida y la muerte, es la fuente de la esencia vital de nuestro planeta. Todo nuestro medio ambiente, sin el agua, no podría existir; ni las plantas, ni los animales, ni los seres humanos. Necesitamos de ellos para poder vivir, y ellos también abastecen nuestro alimento.

Mi hijo mayor, estupefacto, quedó meditabundo y sencillamente se quedó pensando. Asintió y preguntó por qué era necesario comer. Le dije que comer es alimentarse, pero no solamente de un alimento que tú necesitas para poder crecer o subsistir. También necesitas alimentarte de la sabiduría y la ciencia, donde lo que haces es crear y, con directrices y

conocimiento, ser un inventor de tu propia vida. De la misma esencia en la que tú puedes seguir creciendo, totalmente en comunión con tu creación, con todo tu planeta, con todo tu ambiente, con todos los seres, tanto espirituales como materiales.

Cuando vas adquiriendo el conocimiento, te vas alimentando, y al crecer tu espíritu y tu amor puedes empezar a comprender todo lo que existe a tu alrededor y disfrutar aquello para lo cual fuiste creado y por lo cual viniste aquí, que en esencia es el poder vivir satisfactoriamente con cada pedazo de creación.

Mientras observábamos el mar inquietándose con la llegada de la penumbra, les dije a mis hijos:

La vida es un regalo precioso, lleno de belleza y bondad. A veces, es fácil confundir los desafíos de la vida con las acciones de los seres humanos. Es cierto, las personas pueden presentar obstáculos en nuestro camino, pero cada uno actúa según su propia comprensión y emociones. La clave está en nuestra capacidad para responder con amor, compasión y sabiduría. Podemos aprender a superar estos obstáculos, no dejándonos afectar negativamente por ellos, sino viéndolos como oportunidades para crecer y fortalecer nuestro carácter.

Es importante ver a las personas que nos rodean como compañeros en este viaje de la vida. Cada uno de nosotros tiene algo valioso que aportar y juntos podemos crear una comunidad que se nutra de nuestras virtudes individuales. La transformación personal es fundamental en este proceso. Al transformarnos a nosotros mismos, inspiramos a otros a hacerlo también, creando así un efecto positivo y expansivo.

La humanidad, en toda su diversidad y complejidad, es un tapiz de individuos únicos, cada uno con su propia historia y sueños. Es nuestra responsabilidad personal buscar la luz de la sabiduría y trabajar hacia un entendimiento más profundo de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Al hacerlo, no solo nos convertimos en dueños de nuestro propio ser, sino que también contribuimos al bienestar colectivo.

Mientras miraba cómo la playa iba dando forma a otro paisaje, pintado por la penumbra de la noche que llegaba, les dije a mis hijos:

Hijos míos, os animo a abrazar la vida con amor y a buscar constantemente la sabiduría. Crecer en compasión y empatía hacia los demás es esencial. Recordad siempre que cada acto de bondad, cada momento de comprensión, fortalece no solo vuestro corazón, sino también el corazón

de la humanidad. Así, paso a paso, construimos juntos un mundo más amoroso y sabio.

Escúchalos a todos, saca lo bueno de cada uno en su corazón, pero míralos cuando te hablen, porque será el alma con la que te comuniques. Sencillamente, entenderás la razón de su ser, la valía que ellos tienen en su ser, y podrás comprender qué es lo importante de cada uno de ellos, sin demeritar o despreciar a ninguno. Lo que haces es enriquecerte con cada punto de vista.

Continué hablando con mis hijos, les recalqué la importancia de seguir adelante, siempre con la mira en sus objetivos y sueños. Les expliqué que la meta de cada uno es aprender a disfrutar y valorar la creación en todas sus formas. Les dije que no se dejen abrumar por las dificultades o los desafíos que la vida presenta, pues estos no definen la esencia de la vida. En vez de verla como dura o injusta, es más sabio entender que estos retos son oportunidades para crecer y aprender.

Les aconsejé que en lugar de intentar controlar a los demás para alcanzar sus metas, es más fructífero y enriquecedor comprender y conectarse con ellos desde un lugar de empatía y amor. La verdadera influencia se logra a través de la comprensión, no del temor o la dominación. Les recordé que al ganar el corazón de las personas fortalecemos nuestras relaciones y creamos un entorno de apoyo mutuo.

Les insté a ser sabios, a amar la sabiduría y el conocimiento, y a amarse a sí mismos para poder amar genuinamente a los demás. Recordé a mis hijos que solo podemos compartir aquello que poseemos, y que su ejemplo personal es la fuerza más poderosa para inspirar a otros.

Les aseguré que siempre estaría a su lado, apoyándolos en cada paso de su camino, junto a su familia, hermanos y madre, para que juntos, como una unidad cohesiva, con un solo corazón y amor, continuemos avanzando. Les expresé mi amor y les pedí que amaran la naturaleza y a todo ser vivo, recordándoles que la vida es hermosa y que es nuestro deber enriquecerla con nuestras acciones y sentimientos.

Finalicé diciéndoles que aprendan de mi corazón, para que nunca sufran inútilmente y siempre encuentren alegría y satisfacción en la vida. “Los amo mucho, con todo mi corazón, su amado padre”, concluí.

Mirando hacia el horizonte, reflexioné en voz alta para mis hijos: Mirad, somos como las olas de este inmenso mar, fluctuando al ritmo de nuestros pensamientos y emociones. Cada uno de nosotros es una ola única, navegando por su propio camino, pero siempre formando parte de algo

mucho más grande. Al igual que estas olas, tenemos la maravillosa posibilidad de encontrarnos y fusionarnos con otras, compartiendo nuestras vivencias y aprendizajes. Y en ese encuentro, en esa unión, continuamos manifestando la vida en toda su diversidad y belleza. Así como el mar se une con el cielo en el horizonte, también nosotros estamos eternamente conectados con el mundo que nos rodea y con cada ser que forma parte de él. En esta inmensidad, cada ola, cada pensamiento, cada emoción, aporta a la eterna danza de la vida.

Mientras hablaba, el suave sonido de las olas resonaba a mi alrededor, impregnando el aire con una sensación de paz y una profunda conexión con el universo.

PRESO EN MÍ MISMO

Jeison Asdrúbal Virgüez



Hace ya algún tiempo comencé un viacrucis que, por un momento, creí que era mi destino o karma. Quiero empezar desde el principio, desde ese momento que me llevó a donde estoy ahora.

Fui diagnosticado con hemofilia desde mi nacimiento, una enfermedad degenerativa que significa deficiencia del factor 8 de coagulación. Poco a poco, comencé a experimentar dolores tan intensos que llegaban a hacerme perder el conocimiento.

Aún siendo un niño, los doctores me prohibieron actividades simples como jugar fútbol, montar bicicleta o saltar, cosas que eran parte de mi rutina diaria.

Los dolores insoportables no me dejaban dormir durante días, y me encontraba casi intoxicado por los medicamentos para el dolor, que no surtían efecto alguno.

Con el tiempo, empecé a conocer más del mundo, especialmente la calle y los vicios del hombre.

Como era de esperarse, me encontré refugiado en un ambiente lleno de humo con un ligero olor a naturaleza, un estado casi hipnótico y astral, donde te sientes solo aunque estés rodeado de gente.

Este contacto con la naturaleza se convirtió en algo tan íntimo que comencé a sentir más el amor de Dios. ¿Por qué? Porque mi madre siempre me inculcó la compasión, la humildad y la condolencia, y mi enfermedad reforzó todos estos valores.

Pero entonces llegó un cambio drástico en mi vida. Me refiero al bazuco, ese diablo hecho químico, el vicio más destructivo de todos. Para mí es una de las peores plagas de la actualidad, capaz de destruir personas, familias y hasta gobiernos.

Vagué por las calles durante mucho tiempo, mi carácter se fortaleció y mi voz ganó contundencia. Siempre me interesé por educarme, aprender, conocer y leer.

En las calles aprendí a valorar las cosas más pequeñas, aquellas que para otros no significan nada, pero para mí eran de gran valor.

Sobreviví mucho tiempo haciéndoles daño a las personas, aunque el verdadero daño me lo hacía a mí mismo. Decía que no era un farmacodependiente, sino que simplemente seguía la moda. Qué equivocado estaba, sin darme cuenta de cómo lastimaba a las personas que me querían y veían cómo me hundía en un mundo oscuro y sucio.

Quienes no han vivido en la calle no pueden comprender el desprecio y el maltrato que uno sufre como habitante de la calle.

El momento más difícil de mi vida fue cuando diagnosticaron a mi madre con cáncer de estómago y la desahuciaron. En ese momento, mi mundo se derrumbó.

Una noche, mientras hablaba con Dios, me preguntó: “¿Qué es lo que quieres?”. Pensé que tenía la respuesta, pero de nuevo mi equivocación me invadió. Solo quería morir con ella.

Después de tanto tiempo, lo único que deseaba era estar a su lado durante todo este proceso. Sabía que sería doloroso para mí, pero satisfactorio para ella, al tener de nuevo a su lado a su único hijo varón. Aunque no me lo dijera, yo la había decepcionado.

Mientras experimentaba lo que significaba ser un preso, comenzó una guerra interior. El miedo me invadió al principio, en un proceso de menosprecio y humillación muy parecido al de la calle, pero con un nivel más peligroso. Este miedo se transformó poco a poco en ira.

Aun estando encerrado seguí consumiendo de una manera que nunca imaginé posible. Hoy sigo preso, esperando cumplir mi condena, tanto terrenal como espiritual.

Continué trabajando en ejercicios de perdón y aceptación conmigo mismo. Sé que me falta mucho por aprender, pero con la ayuda de Dios y de mi familia sé que podré salir adelante y convertirme en una persona productiva para la sociedad y para mí mismo.

Para concluir, quiero expresar mi gratitud a las personas que aún creen en mí y me alientan a seguir adelante con mis sueños y metas.

SERIE POÉTICA

Juan Roberto Vásquez Vargas



Añoranza

Se acerca el día de tu presencia en este recinto,
tenerte entre mis brazos, apretujarte y besarte,
percibir tu fragancia que mi ser contempla en el fondo,
para deshojarte lentamente y contemplar
tu cuerpo candente sobre un sencillo lecho,
el cual adornas como flor al tallo.

Ojos

Fijar la mirada en tu rostro angelical,
cuyos claros ojos reflejan alegría.
No es más que la manifestación
de un corazón lleno de emociones,
que recorre palmo a palmo cada centímetro de mi ser.
Llévame al paraíso en olvido de este tiempo,
ser feliz y contemplarte día a día, no es más mi deseo.
El todo poderoso bendiga la unión,
y permita el disfrute por el tiempo restante,
antes de partir a mi última morada.

Imaginar

Son tus ojos los que inducen a escuchar,
en lo profundo de mi ser,
como vislumbrar a través del telescopio
el mundo que alberga los seres que somos.

La inclemencia

Felicidad envuelve a este ser horas antes de tu llegar,
la impaciencia reina y se apodera el sentir
al saber que estás y no entras.
La inclemencia del clima, dolor ha de causar,
a un agobiante corazón, que palpita a ritmo de angustia.
Al verte corro desenfrenado a abrazarte y no soltarte,
que el calor fluya por nuestros cuerpos,
y acabar con la inclemencia que he de soportar.

Soñar

Anidar la esperanza en lo más recóndito de mí
induce a soñar en este triste lugar,
verte cada mes, la ilusión florece
como pájaro cantor, el querer conquistar.
Regocijo entonces mi despertar y andar
para verte llegar en un pasillo sin fin.
Gratitud el velar por mí,
a cambio de horas de amor.

BUCARAMANGA, SANTANDER



CÁRCEL Y PENITENCIARÍA DE MEDIA SEGURIDAD
DE BUCARAMANGA

Directora del taller
Daniela Rojas Triana

DE MI CORAZÓN AL TUYO FALTA POCO PARA VOLVER A CASA

Maribel Aguilar Jaramillo



Después de haber estado en un retiro en la Reclusión de Mujeres de Bucaramanga, donde actualmente me encuentro, me recliné en mi celda y comencé a reflexionar sobre aquellos días pasados en compañía de maravillosas mujeres: Dayana, May, entre otras. En este retiro nos reímos, lloramos, comimos y oramos demasiado. Me sentí privilegiada por haber logrado sacar a la luz algunos aspectos de mi vida que muy pocas personas conocían.

Sentada en mi celda, desde una ventana pequeña contemplo las nubes y el cielo; es inevitable pensar en que ocurra el milagro más valioso para todas las que estamos en este lugar: la libertad. No podía evitar preguntarle a Dios si algo de lo que hablaba con él me serviría de aliento, de fe y de esperanza para comenzar de nuevo y sanar mi corazón de las heridas del pasado. Si me daría la capacidad de perdonar a aquellos que me habían lastimado en el pasado y si me transmitiría la fortaleza para atravesar esta prueba. A veces la vida es difícil de manejar.

Comencé a reflexionar sobre mi propia experiencia y sobre los años que he perdido en este lugar por no conocer el plan de Dios, su propósito y el poder que estaba a mi disposición y podría haber reclamado. Lamenté las decisiones erradas que tomé y que me llevaron por el camino de la destrucción propia hacia una vida con drogas, alcohol, depresión y otros desórdenes. En ese tiempo, en medio de mis desdichas, estaba convencida de que lo que hacía estaba bien para estar bonita, vestir bien y por momentos pensar que era más que los demás. Aun después de superar mis adicciones al bazuco y haber perdido peso, me vi arrastrada por la codicia del dinero y

la creencia de que una casa era todo en la vida. Me sentía desesperada por obtener la aprobación de los demás y aun así me sentía vacía.

En medio de mi vacío interior y de mi sufrimiento, me hablaron de la eterna corona que me ofrecía Dios y supe que finalmente había hallado la respuesta a mi dolor. Entendí que el dinero, los gustos y la buena vida no lo son todo, y que es necesaria la presencia de Dios. Me llevó años descubrirlo, pero lo logré.

Descubrí que podía alcanzar la verdadera liberación de mi pasado y conocer el perdón. Hoy, a pesar del lugar donde me encuentro enmendando mi error, soy una nueva criatura y he dejado mi pasado en el lugar al que pertenece. Luego de repasar mi propia vida descubrí que podemos vivir más allá del dolor y de nuestro pasado, de nuestros temores y de nuestros fracasos, para convertirnos en mejores personas. Sé que resulta difícil considerar lo que es nuestra vida, pensar en nosotros mismos formando parte de la realidad. Para mí, la realidad es que Dios es nuestro rey y que nada ni nadie puede cambiar lo que nos propongamos hacer. Desafortunadamente, muchas de nosotras hemos cambiado la verdad de Dios con respecto a nuestra persona por una versión deslucida de invención propia y de nuestra inseguridad.

Hoy solo quiero salir y ser una mujer nueva, estar siempre con mi familia, en especial con mi hijo, dedicarle más tiempo a Dios y remediar mi vida. Oro para que mi alma se impregne de esas cosas buenas, para que nunca dudes acerca de quién eres, por qué estás aquí y cuánto te ama Dios.

Con todo mi amor

Amo a mi familia

Amo a mi hijo, Allan David Pardo Aguilar

Amo a Norbey Eliécer Pardo Martínez

Perdonar es de valientes
y
pedir perdón es tener valentía

CARTA A MIS HIJOS

Patricia Pérez



*Necesito gritar
Quiero llorar
y darle gracias a Dios por este dolor
Nos vemos cuando Dios lo quiera*

Hijos de mi corazón:

Hoy me refugio en las palabras y los saludo desde rejas con mi corazón destrozado, pero como sé que Dios Padre existe, lo busco y en él encuentro la felicidad y el amor que necesito. Vivo el momento con paz y armonía para poder salir sana de cuerpo y alma y vivir el resto de mi vida junto a ustedes, lo que más quiero en este mundo.

Desde estos muros le pido a Dios por ustedes y por mis nietos, quiero vivir feliz junto a mi familia como antes y nunca más volvernos a separar. Quiero que sepan que la distancia no hace que mi amor por ustedes se desvanezca, esta carta es un pretexto para recordarles cuánto los amo y lo orgullosa que me siento de ustedes, porque se han convertido en buenos hijos, bondadosos hermanos, grandes padres y fieles amigos.

Tengo miedo, tristeza y pena con ustedes por haber caído en un lugar como estos, no debí descuidarme. Solo es culpa mía que ustedes sufran mi ausencia.

No me canso de pedirles perdón, perdón, hijos míos. Los amo con todo mi corazón.

Los amo con mi alma

LÁGRIMAS DE CRISTAL

Diana Marcela Peña Rojas



Linda estrella nocturna,
tu trabajo es iluminar
las oscuras noches
de mi profundo penar.

Linda estrella nocturna,
solo espero que me perdones
por alejarme de tu luz
y esconderme bajo las sombras.

Linda estrella nocturna,
que a lo lejos puedo observar
desde mi largo camino
veo tu pesar.

Linda estrella nocturna,
solo espero
que me sepas perdonar
por cada lágrima de cristal
que traspasa tu corazón
perdón, hermoso lucero
perdón, mamá.

SOLA Y TRISTE EN ESTA NAVIDAD, ESPERANDO MI LIBERTAD

Yesenia Sierra



Hoy me encuentro sola acá en Chimitá
sola y triste en este lugar
rodeada de sueños rotos
esperando pronto mi libertad

Volver, volver, volver al hogar

Para estar de nuevo
con mis hijos y mi familia
y nunca volverme a separar
jamás, jamás

Volver, volver, volver al hogar

En mi celda oscura, entre barrotes fríos
espero mi libertad
para compartir con los que amo
una linda Navidad
Volver, volver, volver al hogar.

UNA MIRADA AL PASADO

Ligia Sánchez Maldonado



Nací en un pequeño pueblo de Santander, cuyas calles son empedradas; tiene una iglesia colonial, sus casas se pintan de manera uniforme en tonos blanco manzana y verde esmeralda. Y ni qué decir de sus alrededores, pues son montañas y peñas arropadas por una sabana de vegetación sin igual que hace juego con las quebradas cristalinas que las abrazan a su paso.

De mi niñez tengo los más gratos recuerdos, pues allí podíamos salir a disfrutar de sus calles con los compañeros de la cuadra y uno que otro que, aunque vivía más lejos, terminaba uniéndose a nuestro gozo. Entre nuestros juegos preferidos estaban los ponchados, las carreras para perseguir la luna, y venados y cazadores. Sin contar que teníamos la dicha de tener el parque tan solo a una cuadra de donde vivíamos. Mi mamá no permitía que mis amigos estuvieran en casa, porque a su manera de ver las cosas, nos juntábamos era para “hacer estragos”.

Nos complacía sobremanera ir al parque y disfrutar de aquellas cosas que, aunque simples, eran lo mejor para nosotros. Más aún cuando sentíamos que este espacio lo tenía todo: un quiosco con televisor, árboles de mango, palmeras a las que se les caían las ramas y eran aprovechadas de manera muy original, pues eran nuestros helicópteros. Debo confesar que también tenía un poco de adrenalina, porque casi siempre me iba escapada.

Recuerdo que uno de los niños tenía un triciclo y jugábamos junto con su hermano menor. Uno de ellos conducía y como yo era la única niña iba en el puesto del copiloto, así que el otro niño debía empujar. Siempre fuimos muy unidos, tanto que compartimos el mismo apellido y nos agradaba decir que éramos hermanos; aun cuando la gente sabía que no era así, como se dice coloquialmente, nos llevaban la corriente.

Un par de años después nos fuimos a vivir a Casanare, en donde hice nuevos amigos con los que compartí un sinfín de anécdotas y momentos

inolvidables que atesoro conmigo. Culminé el bachillerato y regresé a mis raíces, al pueblo que me vio nacer dieciséis años atrás.

Extrañaba su olor, su tranquilidad, ir a la quebrada y disfrutar de su piscina natural, el tradicional paseo de olla, mis amigos de la infancia, saludar a la gente como si fueran una sola familia, porque todos se conocen. Sin embargo, una parte de mí quería volver a Casanare, también tenía motivos para regresar. Aunque tuvimos que quedarnos, a medida que pasaba el tiempo comprendí que mi corazón y mi sentir pertenecían a esos dos territorios. Es increíble cómo los lugares y las personas se vuelven parte de nuestra vida.

Hoy en medio de la oscuridad que arroja este lugar, sin duda, tengo la seguridad de que cuando la luz alumbre al final del túnel volveré a estas dos tierras que me dieron seres humanos inigualables que caminan junto a mi familia, de mi lado, animándome para no desfallecer, porque nada dura para siempre y detrás de cada prueba vienen bendiciones más grandes.

JAMUNDÍ, VALLE DEL CAUCA



COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO CON
ALTA Y MEDIA SEGURIDAD DE JAMUNDÍ

Director del taller
Rubén Darío Reyes Noreña

CRÓNICAS DE UN REO LIBRE

Héctor Alonso Ramos Restrepo



Era el tiempo en el que ya había logrado lo más anhelado de mi vida: realizarme como profesional y persona, todo era bello, todo se iluminaba al paso de los días, la vida me sonreía a cada instante, fluía en el devenir del día, la salud, el ingenio, el lugar de confort que anhelaba tener, era el esplendor que soñaba. Mi carrera docente ya había culminado, y al parecer ya no había más que recorrer ni aprender; pues creía que todo lo que necesitaba ya estaba en mí formado o estaba completo.

Qué gusto siento al poder escribir esta historia de mi vida, etapa tenebrosa pero fantástica a la vez. Algo en mi interior me dice que es hora, que ha llegado el momento de registrar este cuento tan interesante y crucial al final de mis años. No me puedo dar el lujo de dejar archivada y olvidada tanta realidad vivida, que a otros les será útil en algún momento.

Es más que una historia, que una narrativa de las comunes y corrientes que se escriben en los diarios y revistas. Es algo trascendental, es celestial y raya en lo divino; en la historia de la humanidad no hay precedente alguno que se asemeje a esta historia de vida.

Creía en mí ser que ya estaba realizado y era un producto acabado, que era hora de disfrutar la cosecha que mis cuarenta y dos años de practicar la enseñanza habían sembrado. Era el momento de disfrutar las mieles del triunfo, de dar rienda suelta a todas las ansiedades y voluptuosidades exuberantes, que en mi mente siempre estaban presentes y soñaba hacer realidad algún día.

Y así fue, ese día llegó. No lo pensé dos veces, no podía dejar pasar la oportunidad de disfrutar pues no tenía quien me detuviera, y si así era, mi soberbia, orgullo, altivez, arrogancia y exagerada prepotencia me impedían

escuchar consejo, y si alguien se atrevía a dárme los, mi actitud era “no te he pedido ayuda, pues soy autosuficiente, me las sé todas”, además soy el que ha trabajado toda una vida para que otro venga a decirme que es lo que tiene que hacer uno, ¡“no tienes cuándo!”.

Así mi vida fluía por un camino oscuro, olvidándome de que en un momento de mi vida alguien tuvo compasión de mí. Alguien me tendió su mano misericordiosa y me sacó del hoyo profundo de las drogas, donde los que me veían no daban un peso por mí. Estaba desahuciado por la sociedad, la familia y los amigos. La consigna era mi muerte.

Pero no fue así, fui levantado de en medio de las cenizas como el ave Fénix, y alto fue mi vuelo; se cumplió la promesa del Altísimo que me aseguró lo siguiente: “Volveos a la fortaleza oh prisionero de la esperanza que yo os anuncio que os restauraré el doble”. Dicho y hecho, Dios mostró su amor y su gracia para conmigo y me restauró el doble. Fue tanta su bonanza para conmigo, que pude acceder a bienes materiales que no esperaba algún día tener (casa, carro, enseres domésticos, dinero en el banco, ropa de moda, y ser querido por amigos y amigas que manifestaban su agrado y placer por estar en mi compañía).

Todo transcurrió dentro de una normalidad aparente; ya había vencido el desafío que las drogas me habían presentado. Consideraba que podía ir con la frente en alto, que no le debía nada a nadie y que no le debía rendir cuentas a nadie. Un semidiós era mi forma de desplazarme por la vida con la posibilidad de vender y comprar amor y placer.

No alcanzaba ni a imaginar lo que se me venía encima; ya en años anteriores, cuando fluía el papel moneda en mi vida, vi cómo se frustraron los planes de disfrutar un crucero por el Caribe con mi flamante novia. Todo estaba planeado perfectamente: el tiempo concedido por mis empleadores, pago de dos tiquetes para abordar el sueño de estar en un crucero, el complemento o compañía que para estas ocasiones se requiere y dinero para llevar por si algo novedoso o atractivo se llegaba a presentar.

Pero no contaba con el aval y la bendición de Dios, mucho menos le había pedido permiso, aún más, no lo consideraba necesario, pues lo que yo había decidido era el fruto de años de esfuerzo y sacrificio en mi diario vivir, o sea, todo lo que tengo es fruto de mi esfuerzo y constancia.

Todo se vino a pique a pocos días de embarcarnos en esa travesía por el mar; como fuerte tormenta con vientos huracanados una extorsión se abalanzó sobre mi humanidad. Quedé aterrorizado por la información brindada por un par de policías motorizados: tenía orden de captura y ya me

habían sentenciado. Agregaron que el documento que se expedía de privación de mi libertad incluso estaba respaldado por el Ejército de Colombia.

Nunca me había enfrentado a una situación semejante; lleno de miedo, angustia y desesperación me refugié en la casa donde residía mi novia. Empezó todo un calvario, los mismos esbirros de la ley me sugirieron dar un dinero y quedar en “libertad” para poderme esconder o huir, además de recomendarme un abogado que acabó de arrinconarme aún más, diciéndome que debía andar camuflado y no dejarme capturar.

Transcurrieron en ese ir y venir dos años, el abogado recomendado indagó en todas las fiscalías, y un proceso que estaba archivado cogió nuevamente vida; transcurrirían dos años en ese litigio que concluyó en mi condena y sentencia.

Todo cambió en mi vida, pocos meses antes ya estaba en mis planes sacar la visa de turista en la Embajada de Estados Unidos, justamente con mi hija, que en ese entonces tenía nueve años. Mi sueño: ir la introduciendo en la idea de radicarse en el país de los sueños. Todo fue eso: un sueño, que se desmoronó con el fracaso de mis proyectos que, a pasos agigantados, como hombre fuerte armado, se abalanzó contra mi humanidad física, emocional y familiar.

No lo podía creer, de la noche a la mañana todo cambió...

Este es el primer episodio de cuatro episodios que faltan por narrar...

PPL (PERSONA PRIVADA DE LA LIBERTAD)

Héctor Alonso Ramos Restrepo



Persona frágil, débil, impotente, limitada
E indefenso, es con angustia y sufrimiento, probado.
Rogando al Dios único y verdadero
Solía a diario pedir por mi vida incierta
Oscuridad y tinieblas se cernían sobre mí
Notificando con evidente realismo cierto,
Anonadado y perplejo como un muerto.

Penalidades y angustias a granel
Repetidamente sobre mí se abalanzaban
Inmisericordes, sin piedad, en todo mi ser.
Vida y futuro se diluían en mi horizonte,
Advirtiendo que no existiría más vida grandiosa
Dado que estaba lejos de mi hogar y de mis
Amados seres queridos, que lloraban y lamentaban.

Desdicha que presagiaba mi pronta muerte,
Excelencia y magnificencia empiezan a derramarse.

Lucidez y claridad a mi corazón llegaron,
Alabanza y honor al que todo lo creó.

Largos días comprendí que en mi existencia
Inocencia me acompañará, transformando en
Bienestar y sanación mi cuerpo y alma,
Evidentemente era el encuentro personal y
Real de alguien lleno de amor
Total, entrega de su vida por mis pecados,
Anhelos de cambios y conversión,
Dios, mi salvador y sanador por excelencia.

AMOR DE LUNA

Blanca Duque Peña



Aquel día sabía que encontraría a mi alma gemela, pero no fue así, fue mi tortura, mi muerte, mi desgracia; solo pensaba en cómo sería tener ese amor tan grande en mi corazón, pero no sabía que me encontraría el alma más oscura, que desde el mismo infierno vendría mi tortura. Cómo no lo vi venir, ese hombre, ese amor tan dulce, tan angelical, tan hermoso, que solo un ángel caído podría tener tanta belleza, pues esta es mi historia...

Ese día, en esa cabaña que con mi mejor amiga había alquilado, en aquella semana deprimente, nos esperaba un largo mes, ya que en ese año, el semestre octavo de mi carrera, esperábamos entregar a mi tutor un trabajo de grado que estábamos adelantando para convertirme en todo lo que había soñado, toda una ingeniera electrónica, y pronto lo sería.

Estábamos tan ansiosas por terminarlo, que solo un lugar en el bosque espeso de California nos esperaba, en esa cabaña de alquiler, sucia y barata, con poca cobertura de señal y un baño repugnante y sin gracia. Allí estábamos las dos locas amigas que desde la infancia nos toleramos hasta ser una sola; mi amiga era Nata, que con su piel blanca y sus ojos verdes llamaba la atención donde fuéramos. Aquel día muy de mañana llegamos a nuestra experiencia mágica, donde íbamos a encontrar nuestra peor pesadilla, bueno, al menos para mí, que todo el tiempo me quejaba de no tener novio, solo quería graduarme y trabajar en ese gran proyecto mecánico del futuro, pero me encontré con la puerta al mismo infierno.

No quiero recordar más todo lo que pasé en ese sitio tan horripilante y oscuro, fue la puerta del mismo Hades, al cual entré para nunca salir, pero tuve que decidir si el amor o la vida, tenía que elegir. El destino me ha jugado una mala pasada; ja, ja, al menos eso decía un cartel grande que estaba frente a nosotras, ya deteriorado por el pasar de los años y con los tornillos oxidados por la brisa de los lagos vecinos a la cabaña.

Esta es mi corta historia:

Después de haber salido de mi casa y recoger a mi amiga, solo le dije: “Hola”; ella con su gran sonrisa me dijo: “Vamos a nuestra mejor travesura”, pero lo que yo no sabía era que iba al mismo infierno; salimos con nuestro pequeño carro lleno de maletas y finos equipos que nuestros padres nos habían dado, pero en mi corazón sentía que no volvería a ser igual de prepotente, que ese tiempo en nuestra desconexión del mundo sería diferente. Seguí manejando y poco a poco nos fuimos alejando del mundo exterior. Mi amiga estaba tan callada, como si no estuviera conmigo, solo escuchaba la densa flora del espeso bosque encantado y maldito que poco a poco nos llevaba por un camino de desolación, estrecho y sin salida. Mi amiga solo me dijo: “Tengo sueño, me despiertas cuando lleguemos”. Volteé mi cabeza y le dije: “Está bien, descansa”. Estaba atardeciendo y mis ojos me dolían por tanto viento y olor a fango; paré por un momento, cerré el vidrio y me quedé dormida. En mis sueños, estaba en un lugar donde todo era fuego, no había vida y caminaba lento, pero un fuerte olor a azufre me despertó agitadamente, en ese momento grité: “¡Ay, qué es ese olor!”. Sudando, como si me hubiera echado un montón de agua, y con la boca seca, le dije: “Nata, Nata”, pero ella estaba en un trance tan profundo, estaba como muerta, pero tocándola me di cuenta de que solo dormía, tan profunda que ni un terremoto la despertaría.

Bajé del carro y al dirigir mis ojos al acantilado espeso, lleno de árboles, escuché una pequeña laguna; sus pocas aguas de lluvia descendían por las montañas. Esos sonidos ligeros y con ruidos de sapos y grillos que cantaban... Solo quería bañarme y volver al carro para seguir mi camino. Me fui sosteniendo de varias ramas, y con una linterna y un cuchillo de cortar fruta fui bajando; al llegar a un pequeño arroyo de gran profundidad, se veía por su cristalina agua azul y delicada, me quité la ropa y me sumergí, todavía recuerdo esa fría agua y a la vez cálida, no quería salir de ella, así que me quedé desnuda en la orilla del arroyo, tirada en la arena blanca. Cerré mis ojos y pensé que solo faltaba mi alma gemela, solo quería en ese momento que me hiciera el amor en esa cálida tierra de arroyo. Lo que no imaginaba era que al sentarme miraría una espléndida luna que estaba en el centro del arroyo. Dije: “Esto es lo que me faltaba, un buen baño con el reflejo de la gran luna”, y mirando por un momento esa luz tan brillante, mentalmente le pedí: “Luna, dame un novio tan bello, que en este momento sea mío”. Cuando pedí mi deseo, mis ojos se fueron cerrando como si me hubieran aplicado anestesia; en mi sueño profundo miraba

a un hombre con un cuerpo excepcional y hermoso, le pregunté: “¿Qué buscas?”, pero solo me dijo: “Levántate”. En ese momento me desperté en una cama y vestida, y al lado estaba mi amiga Nata. Me senté y la llamé, ella me miró y me dijo: “Hola, por fin despiertas, ya estaba asustada, son dos días que duermes, ¿estás bien, amiga?, ¿necesitas algo?, ¿regresamos a la ciudad?”. Estaba histérica; la miré y le dije: “¿Que hace dos días qué?”, ella dijo: “Duermes”, y toda confundida le dije: “¿Quién me trajo? Si yo estaba en el arroyo”. Nata me dijo: “¿Cuál arroyo? ¡Estás loca! Si llegamos hace dos días a la cabaña, y te duchaste y no despertaste más, pensé que estabas enferma, por eso no te desperté”. Yo ya estaba preocupada y le dije, confundida: “¿Que yo qué? No, no, no, yo estaba en un arroyo”. “Ja, ja, ja —dijo Nata— ¿cuál arroyo? Si nunca te bajaste del carro”. “¡Qué!” , le dije con un gran grito. “Cálmate —Nata reviró—, levántate y báñate, tenemos que organizar esta cabaña”. Me levanté, pero solo recordaba ese momento, estaba en blanco, no salía del trance, pero no dije nada. Al rato de organizar todo me vinieron unas imágenes, y comencé a recordar qué fue lo que pasó ese día, al estar acostada en la cálida arena del arroyo: tenía un olor a azufre que no se me quitaba, quedé pensativa y todo fue claro: el bello hombre que vi en el destello de la luna estaba en mi cuerpo, flotando en el amor, como si fuéramos amantes hace mucho tiempo, su cuerpo y el mío en un caliente deseo y besos desenfrenados. Pensé: “Lo necesito, ¿qué pasó estos días?”, pero en esos momentos solo tenía en mente el cálido placer de ese hombre tan guapo de destello de luna.

Ese día pasó y llegó la noche, entré al baño y al abrir la llave del grifo salió un espeso barro. Con un grito dije: “Nata, Nata”, pero mi amiga estaba retirada, ¿dónde estaba? Ni idea; salí desnuda con mi toalla en la cara limpiándome el espeso barro, me enredé una sábana y abrí la puerta, salí de la cabaña, caminé unos pasos más y con el brillar de la luna sobre mí recordé a aquel hombre que me tuvo entre sus brazos, o que solo fue un buen sueño. Estaba anonadada, ¿qué me pasó esos dos días?, ¿qué pasó? Pero lo que me preocupaba era mi proyecto de grado, no sabía por dónde comenzar, no me salía de la mente ese guapo hombre, quién era o si era un espejismo. No sabía qué estaba pasando, pero no era la misma, estaba ida, no comía ni bebía, solo pensaba: “Qué es lo que está pasando, no entiendo”. Mientras pensaba di tres pasos más al bosque y un ruido leve, pero lleno de sentimiento, me decía “acércate”. Yo seguí más al fondo y perdí de vista la cabaña. Me encontré un lago, era tan brillante que no podía tener fijos los ojos; cuando quité las manos de ellos, salió del lago ese hombre desnudo,

hermoso, y decía una tierna voz: “Ven conmigo, tu alma me pertenece”. Cuando reaccioné, él ya estaba frente a mí. Le dije: “¿Quién eres?”, pero estaba cautivada con su hermosura. Me dijo: “Ven”, tomó mi mano y me fue llevando a las profundidades del lago; solo recuerdo eso, pero desperté en la cama, me levanté y grité “Nata, Nata”. Ella me dijo: “Por fin te levantas, llegaste a la madrugada, ¿qué tal tu caminata?”. Le respondí: “¿Cómo llegué acá?”. Ella me dijo: “Llegaste y te acostaste”. Mi garganta estaba seca, tenía ganas de tomar mucha agua; tomé dos botellas de agua, pero sentía una resaca tan profunda que no se podía quitar.

Ese día solo tenía la imagen de aquel hombre que tanto me gustaba, pues quería tenerlo en mi cama, en mis brazos conmigo, pero pensé “estoy delirando”. Al ir al baño, quitándome la ropa y mirándome al espejo, me di cuenta de que mi espalda estaba toda quemada y con una figura de dos manos; me ardía mucho, pero no le dije nada a mi amiga, me duché, me vestí y solo almorcé un sánduche de queso y un cálido café, mientras me preguntaba “¿qué es lo que pasa?”. Caminé luego, adentrándome más y más en el bosque. No sé qué buscaba, solo tenía ganas de verlo, pero no encontré nada, ni lago, ni hombre, ni nada, solo cantos de aves y grillos y sapos en pequeños lodazales que estaban en feos estanques.

Callada y pensativa volví a la cabaña, pero ya no encontraba ni el camino ni la cabaña; mientras más caminaba, más me alejaba. Confundida, gritaba: “Nata, Nata, ayúdame!”, pero me alejaba más y más. Al llegar al bosque espeso, encontré una cueva. Quería entrar, por miedo a los animales, pero solo me quedé en la entrada y grité “hola, hola”. Sonriendo, pero a la vez confundida, dije: “Creo que estoy loca, ja, ja, ja”. Me recosté en unas piedras planas que estaban cerca de la cueva, vi la hora, “está loco”, eran las doce de la noche. “Se enloqueció; ja, ja”, dije y solo reí, cuando desde la cueva alguien dijo: “Ven, sigue, ven, sigue”. Hipnotizada y confundida me levanté y seguí; solo había lodo rojo, olor a azufre, fuego ferviente y espeso; sentía que me quemaba, sentía mi carne quemada, no podía hablar ni gritar, ni pensar, pero seguí más y más adentro, y llegué a un portal que decía: “Bienvenidos al infierno”. Seguí ese portal y vi unos pailones grandes con muchas personas que salían y bajaban, gritaban “ayuda, ayuda”. Salí corriendo. Más adentro encontré un lago donde había cinco personas desnudas en agua roja de lava, solo miraban. Salí caminando y llegué a un cuarto, había cinco faroles de fango y papel, y adentro, cinco cabezas que lloraban de angustia, pero en el camino me decían “sigue adelante”. Llegué a otro cuarto que tenía cinco puertas, estaban marcadas con números

romanos y al final decía “salida”, pero antes había un pergamino que decía “abre la puerta y llega al final”. Estaba confundida, pero quería saber qué había detrás de cada puerta y dije: “El número 1 primero”. Toqué y abrí, había mucho oro, plata, piedras preciosas; era tan grande que no podía ver el fondo. La cerré y abrí la segunda puerta: había toda clase de animales salvajes, era un bosque entero. Cerré y abrí la tercera, que tenía cuatro lugares de las estaciones; la cuarta puerta era el universo con todos los planetas, me asusté mucho, y abrí la quinta, qué sorpresa, era la cabaña. Entré locamente y cerré la puerta, grité: “Nata, Nata”, pero no estaba, entré al cuarto y ¿qué había en mi cama? Estaba él, desnudo, brillante, hermoso, excitante, pero su olor a azufre no me agradaba. Me le acerqué y le dije: “¿Quién eres?, ¿qué es todo esto?”. Pero su sensualidad me cautivaba; me acerqué y le dije: “Ámame, te deseo”. Tomándome en su cálida pasión me entregué a él con tanto deseo que experimenté cosas que nunca había hecho, y quedé tan cansada que me dormí en sus brazos. Cuando me desperté estaba en aquel arroyo donde estuve al comienzo, acostada en la cálida arena, desnuda. Me paré como loca sin saber qué estaba pasando, me vestí y corrí al coche, y ahí estaba mi amiga dormida. ¿Qué está sucediendo?, me dije y desperté a Nata. Ella preguntó: “Amiga, ¿ya llegamos?”, le dije que no y confundida aceleré el carro, di la vuelta, pero qué sorpresa, llegué a la misma cabaña. Di la vuelta otra vez, andaba en círculos. Nata dijo: “Amiga, despierta, él te está esperando” y desapareció. Grité, salí del carro, y llorando y corriendo llegué al mismo lugar; abrí la puerta del cuarto número cinco, entré y cerré. Caminé y ahí estaba mi hombre, pero lleno de fuego, con serpientes en los pies. Le pregunté: “¿Quién eres?”. Me dijo: “Soy Lucifer, pero tú no perteneces a este lugar, ve a la luna, ella te quitará el hechizo y volverás a tu lugar, ¿o te gustaría tener alguna de estas puertas?, solo di y se te concederá”. Le dije: “Llévame a casa”. Me dijo: “Escoge tu puerta”. Escogí la tres y salí como loca sin recordar lo que había ahí, solo me alejé y corrí, corrí, alejándome del infierno, solo quería estar en mi casa y buscar a mi amiga, pero lo que había era un denso bosque, pero ¿qué veo? El carro lleno de monte, ¿qué había pasado? Arranqué las ramas y abrí el carro, pero no había nada, ni maletas, nada. Corrí como loca y llegué al sitio del arroyo otra vez; quería morirme, no sabía qué estaba pasando, estaba loca, pero no estaba loca, estaba era muerta, pero nunca supe cómo morí, ¿y mi amiga dónde estaba? ¿Qué estaba pasando? No entendía, solo caminé y encontré mi cuerpo ya descompuesto, me acerqué y recordé lo que había sucedido: cuando íbamos hacia la cabaña, un animal se atravesó y rodamos por un acantilado, Nata

fue expulsada del carro, pero ella no falleció; yo sí, ¡ya entendí! El mismo Lucifer había venido por mí en un destello de luna, ahora ya entendía todo. No estaba loca, ni confundida, estaba muerta y no encontraba mi destino. “Ya entendí”, solo me senté en el arroyo y mirando a la luna llena le pedí: “Llévame, déjame seguir mi camino”. En ese momento hubo un destello y alumbró mi cuerpo. Desperté en un hospital, estaba conectada a muchos cables, pero viva, y comencé a recordar la historia: por la belleza misma de la muerte, conocí el infierno.

¿CÓMO PASÓ?

Jorge Eliécer Meléndez



Ella lloraba...

Y en lo profundo del bosque se escuchaba su lamento.

Todos los seres de aquel lugar se acercaban para conocer la situación, llegaron las aves y entre ellas las más destacadas: las águilas, los búhos y los pájaros carpinteros; también llegaron en manada los ciervos, las ardillas y las comadreas... Ah, no olvidemos las zorras, los osos y un millón de mariposas e insectos que revoloteaban por todos lados; ellos se encargaban más de la bulla y el desorden, pero no prestaban atención al principal acontecimiento. Luego, para sorpresa de todos, llegaron algunos seres de luz y oscuridad que intentaban poner un poco de orden.

Pero ella aún lloraba, lo sé, yo estaba ahí.

Todos la conocían, desde muy joven su padre se encargó de buscar los mejores maestros, le presentó al zorro, que fue el encargado de instruirla sobre los cambios de la luna y las estaciones; conoció el arduo trabajo que se necesita para adquirir alimentos y cómo conservarlos.

El espíritu de los ríos le enseñó la velocidad con que cambian las cosas y lo beneficioso o destructivo que puede ser cuando se enoja, aprendió también a escuchar las curiosas voces y secretos que traen los vientos.

La gran águila le enseñó los caminos más cortos a cualquier parte y cómo llegar con sorpresa. Lo más difícil fue entender el idioma de los árboles y las plantas; debes estar en mucha calma y ser paciente para desentrañar sus secretos.

¿Pero ella aún lloraba.

—¿Qué le han hecho ustedes? —expresó con voz grave uno de los seres de luz, mirando a los oscuros—. Ustedes siempre la están molestando,

recuerden cuando le pegaron un cascabel de serpiente en la espalda, hacía tanto ruido que nadie podía dormir esa noche, después escondieron sus zapatillas y hasta ahora nadie las ha podido encontrar, sin mencionar cuando le enseñaron a tirar piedras, la luna aún tiene sus marcas.

—Tú siempre nos estás acusando de todo lo malo que pasa, nosotros somos iguales; ustedes son lo que son y hacen lo que hacen, y nosotros somos lo que somos y hacemos lo que hacemos; cuando ustedes llegan, nosotros nos vamos, porque no nos gusta su presencia, y si no nos hemos ido es porque tenemos una gran amistad con esta niña, y esa amistad está por encima de nuestras disputas.

»Además, lo que ustedes llaman molestia nosotros lo llamamos educar. ¡Cuando atamos a su espalda un cascabel, era para que ella supiera tocar un instrumento mientras volaba, pero no tenemos la culpa de que ella no tenga un oído melodioso!

»Lo de sus zapatillas es solo un juego de esconder cosas, pero aún no hemos terminado de jugar. Y lo de la luna, ¿cómo íbamos a saber que ella era tan fuerte? Y ustedes no son mejores, siempre pavoneándose, diciendo que todo lo que hacen es bueno...

Y se encendió la polémica milenaria de la luz y la oscuridad, ¡lo sé, yo estaba ahí!, pero no podía intervenir, hasta que...

—Sssiiilencio —expresó la serpiente—, hoy no estamos aquí para sus problemas, vinimos por ella.

La niña despertó de su dolor y comenzó a relatar lo sucedido.

—Mis padres estaban muy contentos, pues este mes sería mi fiesta de cumpleaños, cumpliré trescientos años, la edad donde comienza mi adolescencia, decían ellos, esta sería la fiesta más grande y divertida de todos los tiempos, ni el tigre hizo una fiesta tan grande cuando nacieron sus dos rayas.

»Mis padres querían regalarme algo especial, pero en su búsqueda se acercaron demasiado a las orillas del bosque; esa mañana encontraron un objeto que nunca habían visto, era capaz de reflejar el sol y podías ver tu propio rostro. Yo ya lo conocía, los seres de luz me lo enseñaron. Pero mis padres no lo conocían, y al acercarse demasiado se activó una trampa que cerró las puertas, y se quedaron atrapados.

»Yo estaba muy cerca, me había alejado un poco, ya que había un hormiguero y me gustaba ayudar a las hormigas que se salían del camino. Sus gritos de auxilio me llevaron hasta el lugar, los llevaban en una jaula, eran ellos, yo los vi. Rápidamente los subieron a un cajón metálico que avanzaba a gran velocidad dejando una estela de humo negro asfixiante, al respirarlo

perdí el conocimiento; cuando desperté, sentí un vacío en mi corazón que nunca había experimentado, seguido de llanto y dolor.

—¿Pero quién pudo cometer este crimen? —exclamaron los presentes.

—Shatza, shatza, shatza —decía la niña.

Y una conmoción recorrió toda la comunidad. El alce tomó la palabra:

—Ya sabemos lo que significa esta palabra, es ese tipo de seres que nadie quiere tener cerca, todo lo que se mueve se lo quieren comer, se visten con pieles de nuestros muertos, están matando árboles sin sentido, botan sus desperdicios por todas partes, hasta el aire donde viven lo trastornan.

La gran águila interrumpió.

—Ellos inventaron las granjas de muerte donde nacen ciertas aves y otros animales, los engordan a gran velocidad, y son asesinados sistemáticamente, no tienen compasión, no respetan nada ni a nadie, su oscuridad es mayor que los oscuros mezclados con maldad.

Intervino el tigre:

—A los shatza se les deja vivir porque creímos que en algún momento conservarían el equilibrio, pero se pasaron de la raya, han secuestrado a los padres de la niña, la han hecho sufrir y ya estamos cansados, todos hemos sufrido sus constantes ataques y sus crímenes no tienen perdón. Este es un día que vivirá en la infamia, por eso declaro el estado de guerra —y como una sola voz que recorría el bosque solo se escuchaba:

¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

—¿Guerra? ¿Pero qué es eso? —preguntó la niña.

El tigre que comandaba a todos los felinos dio su discurso acerca del tema.

—La guerra, mi niña, es cuando todo el reino animal en cualquier lugar se une, afilan sus garras, sus dientes, sus cuernos, su fuerza. Y todo lo que está a su alcance para destruir al enemigo, en este caso, los shatza. Después de atacarlos y matar y aterrorizarlos les exigiremos que suelten a todos los animales enjaulados, y exigiremos la libertad de tus padres y todo volverá a la normalidad.

La niña al escuchar esta definición aceptó sin preguntar más.

El día fue señalado, las armas estaban en su punto, las alianzas se habían realizado aún con animales e insectos de otros lugares y hasta de otros

continentes; el ataque sería generalizado en todo el planeta, el enemigo sería castigado, sometido y hasta expulsado de ciertas zonas, y los padres de la niña serían buscados y liberados, no importaría el tiempo que tomara esta empresa, y los shatza también serían obligados a pedir disculpas a los seres vivientes de todo el planeta por portarse tan mal.

El día llegó y comenzó el ataque. Los insectos dieron el primer golpe: las cucarachas, las moscas y los zancudos llegaron por millones contaminando sus alimentos y debilitándolos con enfermedades. En los mares, los tiburones se organizaron en cuadrillas, eran los mejores, eran letales, acompañados por morenas, anguilas, cangrejos, calamares, orcas y un sinfín de animales acuáticos que tenían la superioridad. En el aire millones de aves alzaron el vuelo, dispuestas a derribar lo que los shatza llaman aviones. Y cayeron por miles, aun a costa de sus propias vidas. En las ciudades, nubes y nubes de mariposas de todos los colores y todos los tamaños inundaron los cielos, no se podía ver a menos de un metro de distancia, solo para darse cuenta de que miles y miles de animales salvajes arremetían contra su enemigo. Infestaciones de ratones, conejos y saltamontes eliminaron sus fuentes de alimentación, destruyendo los sembrados y paralizando la industria.

Millones de shatza murieron en las primeras semanas de la guerra; miles de animales de todas las especies también pagaron el precio... pero la guerra apenas empezaba.

Cuando la victoria se saboreaba, llegó el contraataque.

Los shatza a través de su historia habían fabricado armas muy sofisticadas, los lanzallamas y los agentes químicos y biológicos arrasaban con grandes cantidades de animales y zonas verdes, las bombas retumbaban y las ametralladoras sonaban sin parar. Los comandos felinos fueron fácilmente dominados por la octava de caballería de vehículos blindados —tanques y vehículos con armas de alto calibre—; el mismo resultado se daba a lo largo de todas las Américas y Europa, fue una devastación animal sin igual, la guerra cambió su curso y los escuadrones animales retrocedían sin control. Las pérdidas eran incalculables, millones de hectáreas de bosque fueron arrasadas y en algunas zonas desaparecieron del todo, convirtiendo el paisaje en desierto y desolación. Los sobrevivientes se escondieron por temor de los cabecillas de la guerra y muchos de ellos están en vía de extinción.

De los padres de la niña se supo que estaban en una base y sus captores realizaban experimentos con ellos; de la niña se supo que desapareció en un resplandor de luz en las primeras horas de la guerra, y fue llevada a su planeta de origen, yo lo sé, estuve ahí y no estamos autorizados a intervenir;

de los shatza se sabe que dominaron la tierra por completo, la industrialización pobló toda la tierra y las granjas de muerte se hicieron más comunes y más grandes, ahora hasta hacen comida con gusanos y saltamontes y animales que ni se imaginan.

Tengan cuidado con los shatza, han dominado el mundo y sus mares, ahora crean aparatos para salir del planeta y su basura también viene con ellos. A todos aquellos viajeros se les recomienda alejarse de ellos, piensan conquistar el universo.

Pongo fin a esta transmisión.

UN DÍA MENOS

Miriam Ercilia Zamora



Se despierta en un lugar, escucha un pitido constante, insoportable para sus oídos, intenta abrir los ojos, le da la orden a su cerebro, pero no reacciona, encima de sus párpados siente hilos que los tensan y los detienen, intenta gritar y siente que se le desgarran la garganta, solo siente que dos lágrimas gruesas se deslizan por sus mejillas. Siente movimientos a su alrededor y el miedo la inunda, escucha murmullos, quiere gritar, defenderse, huir y en medio de toda la angustia, su cuerpo se relaja y vuelve la paz.

Vuelve a despertar y escucha el cántico de un pájaro y piensa que nada puede ser tan malo si puede deleitarse con esas notas hermosas, abre sus grandes ojos, intenta moverse, pero es imposible; se encuentra en un lugar con muy poca luz, con una lámpara que cuelga del techo a través de dos alambres y a cada movimiento producen sonidos como en un cuento de terror. Las paredes de este lugar, en otros tiempos, fueron de color blanco, ahora solo aparecen pinturas por espacios, está resquebrajada como su mente; el cielorraso tiene espacios descubiertos llenos de telarañas, dando la impresión de que es la vivienda de muchas ratas, que de pronto se abalanzarán sobre ella.

Necesita levantarse, huir, pero su cuerpo está atado, sus muñecas le duelen por la presión de unas correas, sus pies están hinchados y todo su cuerpo tiene moretones. Sacude su cuerpo violentamente, el dolor la detiene. Lágrimas corren por sus mejillas, la embargan la impotencia, el dolor y la incertidumbre. Hace un último intento, lleva sus dientes hasta las correas, pero sangran sus manos y sus labios, se estremece y suspira y grita, entonces aparece ella, ojos negros y grandes, rostro de mirada dura, inmune al dolor, y grita ¡silencio! La mira y piensa que está más vacía que ella. También vive en la nada, ya nada la conmueve. Ordena que se calle.

Cierra los ojos y empieza a recordar, está sentada en la cama amplia y reconfortante, con muchas pastillas; sus colores y formas se asemejan a caramelos, van desapareciendo poco a poco, se recuesta en la cama a esperar que la dulce muerte la cubra con sus brazos.

Y otra vez en este hospital de mierda, la misma basura de siempre: pastillas y terapia, y todo porque heredó de su madre la depresión.

AMOR DE CURA

Miriam Ercilia Zamora



María sale apresurada de su casa, solo con dieciséis años siente que la vida le sonríe. Se sienta en la primera banca del lugar frío donde estatuas de yeso la miran de forma inquisidora y vengadora, ella fija sus ojos y escribe en un papel: “el amor lo puede todo”. Así que levanta sus ojos con mirada desafiante, porque el amor no es pecado. Los dieciséis años de diferencia con su amado no significan nada.

Cuando él aparece vestido de blanco todo se ilumina, a su alrededor todo el pueblo que lo admira y venera. Empieza su sermón, ella cierra los ojos y se imagina sus manos recorriéndole el cuerpo, su mente le dice: “No, María, en este lugar no” y una dulce y suave sonrisa se refleja en su rostro.

Se conocieron hace dos meses, ella estudiante y él sacerdote, desde el primer momento la química de sus cuerpos los unió; intentan negarse lo que sienten, pero la carne es más poderosa que la razón, así que continúan su historia de amor.

Cualquier lugar es ideal para amarse, para entregarse el uno al otro sin reparos; buscan estrategias para sus encuentros, pero “pueblo pequeño, infierno grande”. El pueblo se entera, su mamá se entera, lanza gritos y golpes y María soporta todo por amor. Ninguno de los dos piensa en el futuro, solo el presente importa.

La madre de María hace que lo trasladen de pueblo y la envía a estudiar a otra ciudad; eso solo hace que el esfuerzo para los encuentros incremente sus sentimientos.

Siete años de amarse a escondidas, siete años de amor sin promesas, y un jueves Santo María queda en embarazo, qué dilema. Él decide retirarse del sacerdocio y formar una familia; nace un hermoso bebé con retardo y él no logra asimilar el hecho, solo se aparta para no sufrir.

4 MUROS

Omar Vidal



Es una jungla espesa
en una selva de cemento,
entre sombras y barrotes
con dos mil leones adentro
divagando como hienas
en busca de alimento,
escasea la luz del sol...
Soledad en todo momento.

No hay deuda que no se pague
ni plazo que no se cumpla
inocente o culpable
es un baño de agua turbia
cuatro muros a carcajadas
hoy de mí se burlan
y me gritan noche y día
tienes que asumir la culpa.

Errores cometidos
sin conciencia ni sentido
me hicieron perder batalla
y por poco fui abatido,
por muchos días pasé
culpando yo la suerte
si hoy lo que no me mata
mañana me hace fuerte.

Nunca imaginé
con esta experiencia vivida
recordar un episodio
de tristeza y agonía
encerrado en una cárcel
se ha mudado la alegría
he perdido mucho tiempo
en una celda fría.

El cautiverio es lo peor
que vive un ser humano
muchacha gente, muchas almas,
y no encuentras una mano.
Todo es lucha, todo es falso,
todo parece inhumano
y el esfuerzo de una vida
parece que ha sido en vano.

Entonces, tomé en cuenta
aquello que más queremos
como por arte de magia
fácilmente lo perdemos
difícil reconocerlo
si en sus ojos no nos vemos
una imagen, un recuerdo,
y nada más tenemos.

En prisión el tiempo
no tiene medida
aquí el tiempo se sufre
como se sufre una herida.
Si en mi vida nunca
hubiese visto anochecer
jamás disfrutaría
este nuevo amanecer.

Solo a Dios le pido
tener la oportunidad

de encontrarme en otra vida
y poder enmendar
mil errores cometidos
que me hicieron lastimar
un bonito corazón
que no hizo más que amar.

Y con esto me despido
queriendo concientizar:
no esperes vivir la angustia
de perder la libertad.
Ama y cuida lo que tienes
sin saberlo un día se van.
Como causa, como efecto,
esta es la vida real.

Libertad Bajo Palabra, en sus más de 15 años de trabajo, ha sido un escenario en el que las personas privadas de la libertad hallan un asidero para reflexionar, para iluminar sus pensamientos, para visitar su vida y, sobre todo, para reescribir su historia, para transformarse a través de la lectura y de las palabras.

Esta antología es el resultado de un proceso de formación en creación literaria en donde se mantiene un pulso entre el papel en blanco y el lápiz que lo embiste, entre un cuerpo privado de la libertad y la mente que se pierde en un horizonte abierto. Este libro es una auténtica fuga de la soledad de las prisiones; son los relatos, las palabras que, hechas tinta, restablecen nuestra humanidad.

